



GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Estaba de Dios



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas extraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon ó todo por el dinero.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El Barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio, ó dos horas de favor.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
El desengaño en un sueñ
Mas vale llegar á tiempo
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey, 1.ª
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte de Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, Justicia de Arag
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde m
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tomba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro !!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

¡ESTABA DE DIOS!

COMEDIA

EN TRES ACTOS,

POR

Don Manuel Breton de los Herreros.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
PAULA	*D.ª Matilde Diez.*
MARGARITA	*D.ª Teodora La-Madrid.*
DON ÁLVARO	*D. Florencio Romea.*
EL CONDE	*D. Julian Romea.*
DON TADEO	*D. Luis Fabiani.*
DON CLAUDIO	*D. Manuel García.*
DON PLÁCIDO	*D. Ignacio Silvostri.*
UN JUEZ	*D. Lázaro Perez.*
JACINTA	*D.ª Manuela Sierra.*
TOMÁS	*D. Domingo Martinez.*
UN ALGUACIL	*D. José Sanchez.*

La escena es en Madrid, á principios del siglo XVIII.

Sala con puerta en el foro, y una en cada lado de los bastidores. Mesa con escribania.

Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

PAULA. MARGARITA. DON TADEO.

DON TADEO. Oidme con atencion,
que os interesa el asunto.
Para hombres de mi caracter
no es incumbencia de gusto
la tutela de dos niñas
casaderas, y el difunto
don Ambrosio, vuestro padre,
que Dios perdone, no supo
lo que se hizo cuando carga
tan insoportable puso
sobre mis débiles hombros.
Mientras erais dos capullos
ternezuelos, inocentes,
grato era y fácil el uso
de mi autoridad. Ahora
que es ya sazonado fruto
la flor de vuestra apacible
adolescencia, barrunto
que querreis cambiar el mio
por mas agradable yugo.
Yo, bien lo veis, soy apático

en estremo, cachazudo,
indolente; y si es forzoso
que ponga todo mi estudio
dia y noche en vigilaros,
me doy por muerto, sucumbo.

PAULA. Perdone usted, don Tadeo,
si su plática interrumpo.
Quien le oyera hablar así
creeria que damos mucho
que sentir á nuestro digno
tutor; pero yo presumo
que nuestra conducta....

DON TADEO. Es buena;
es santa: yo no lo dudo,
pero...

MARGARITA. En este corazon
noble y altivo no cupo
jamás ningun pensamiento
villano, y afirmo y juro
que nunca por culpa mia
será empañado el escudo
de mi familia.

DON TADEO. Ambas sois
la suma virtud, lo sumo
del pundonor; es muy cierto;
pero ¿qué quereis? soy viudo,
y no tan viejo y tan maula
que si murmurase el vulgo
de vosotras y de mí
cometiera un grande abuso.
Supongamos, si quereis,
que nadie sobre este punto
nos muerde; pero dirán
malas lenguas que procuro
diferir vuestro acomodo
porque sin duda me lucro
con la tutela; y es falso,
porque yo nada os usurpo;
lejos de eso, he conseguido
aumentar vuestro peculio.
En fin, ya estais en edad
de casaros. Cuatro lustros

peinas tú ya, Margarita;
tú, Paula, cumples por junio
diez y nueve primaveras,
y si á todas causa júbilo
pasar á mejor estado,
no debe causaros susto
á vosotras, pues al cielo
dejaros huérfanas plugo.
Antes con doble razon,
si no yerro en mi discurso,
necesitais de un marido
como la yedra del muro.

PAULA. Es cierto, y yo no he pensado
que un cláustro sea sepulcro
de mi juventud, ni creo
tener el alma de estuco;
¿pero ha de ser puñalada
de pícaro? Son muy turbios
los dias que corren. Arde
la guerra civil: el triunfo
es dudoso...

DON TADEO. ¡Boberías!
¿Eso ha de tener influjo
en vuestra suerte? Unos ú otros
vencerán; esto es seguro;
¿mas qué nos dan ni nos quitan
ni los otros ni los unos?
Reine Carlos ó Felipe,
¿nos ha de faltar por último
rey que nos mande ni papa
que nos escomulgue? Y juzgo
que con palma han de enterraros
si esperais á que ese nudo
gordiano se desenrede.
Pelean como energúmenos
el tudesco y el frances.
Hace ya nueve años justos
que al panteon de sus padres
descendió Carlos segundo,
que esté en gloria, y otros tantos
que su cetro entre dos puños,
como hueso entre dos perros,

es de ambos y de ninguno;
y, segun las trazas, antes
que se acabe ese barullo,
á los párvulos de ogaño
les obligará el ayuno.
Ahora bien, siendo tan bellas,
no faltarán cari-lucios
que suspiren por vosotras,
y si hay entre ellos alguno
que os merezca...

MARGARITA. Por mi parte
no siendo de ilustre cuño
los desprecio, y hasta ahora
entre tanto abejaruco
ninguno se ha presentado
digno de mí.

DON TADEO. ¡Necio orgullo!

PAULA. ¡Pica muy alto mi hermana!

DON TADEO. Tú no tendrás tantos humos...

PAULA. Sí, señor; quizá mas que ella;
pero yo voy por el rumbo
contrario. No quiero esposo
tan ilustre, tan augusto
que piense hacerme merced
cuando me diga «soy tuyo.»
Antes le quisiera humilde,
pobre, desvalido, oscuro;
y no porque quiero alzarme
con el dominio absoluto
de la casa; no señor;
sino porque así... discurro
que habria menos peligro
de que me fuese perjuro.

DON TADEO. ¡Válgate Dios por muchachas!
Si andais con esos escrúpulos
nunca os casareis. ¡Qué diantre!
¿Pues no sabeis que son nulos
todos los humanos juicios
contra lo que Dios dispuso?
Ea, dejemos á un lado
los dengues y los repulgos
de empanada. Yo soy hombre

que tengo esperiencia y pulso,
y ya os he buscado novios
para que os caseis *à duo.*

MARGARITA. ¿A ver? Sepamos.

DON TADEO. Tendrá
sus... treinta años tu futuro.

MARGARITA. Es edad proporcionada.

DON TADEO. Moceton alto, robusto...

MARGARITA. Por eso no reñiremos.

DON TADEO. Rubio...

MARGARITA. Me agradan los rubios.

DON TADEO. No diré que es un Adonis,
pero no es manco, ni zurdo,
ni corcobado...

MARGARITA. Adelante.

DON TADEO. Item: duro sobre duro
un millon de capital,
sin las fincas, le calculo.

MARGARITA. No se necesita menos
para vivir con el lujo
indispensable en la corte.—
¿Y qué título es el suyo?

DON TADEO. ¿Cómo título...

MARGARITA. ¿Es baron...

DON TADEO. ¿No lo ha de ser? Yo aseguro
que se afeita y me parece...

MARGARITA. No es eso lo que pregunto.
¿Es marqués? ¿Es conde? ¿Es duque?

DON TADEO. Nada de eso. Es don Tiburcio
Santibañez, natural
de las montañas de Burgos,
mercader de paños...

MARGARITA. ¡Cielos!
¡Será tan záfio, tan rudo...
Habrá venido á Madrid
atravesado en un mulo...
No entenderá de otra cosa
que de máquinas y números
y facturas y averías
y pólizas... ¡Abrenuncio!

DON TADEO. ¡Oiga! No creí que tú
le escupieses...

MARGARITA. Pues le escupo.

DON TADEO. Hermosa y blanca es tu mano,
lindo y gracioso tu busto
y apetecible tu dote;
mas, si en la razon me fundo,
no vales tanto que debas
despreciar...

MARGARITA. Es un insulto
que me pretenda ese tio.

PAULA. ¿No ve usted que tiene pujos
de condesa?

MARGARITA. ¿Y por qué no?

DON TADEO. ¿Sabes que raya en absurdo
tu necedad, hija mia?

MARGARITA. Yo obedezco á los impulsos
de mi corazon magnánimo,
y la voz secreta escucho
que me dice: tú has nacido
para brillar en el mundo.
Hasta el distinguido nombre
que me pusieron es nuncio
incontestable y perene
del esplendor á que aludo.—
¡Margarita! ¡Archiduquesa!
¡Oh, qué bien que suenan juntos
estos vocablos!... Y en fin,
¿quiere usted, tutor estúpido...

DON TADEO. ¿Cómo se entiende?...

MARGARITA. ¿Una prueba,
un testimonio inconcuso
del grandioso porvenir
que me espera? Pues no ha mucho
que una discreta gitana,
estudiándole en los surcos
de mi mano, me predijo
un novio de alto coturno;
¡un escelencia! ¿está usted?...
Declaro, pues, y concluyo,
que no ha de ser mi marido
de conde abajo... ninguno.

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

PAULA. D. TADEO.

D. TADEO. Está visto: esa muchacha
es loca, ¡loca de atar!
y si Dios no la remedia
tendrá que ir al hospital
de Toledo.

PAULA. ¡Qué ridícula
presuncion!

D. TADEO. ¡Qué gravedad...

PAULA. «De conde abajo... ninguno.»
Asi acaba, poco mas
ó menos, su relacion
García del Castañar.

D. TADEO. Dejémosla con su tema.
Tú que eres mas racional,
querida Paula; no espero
que desprecies el galan...

PAULA. ¿Quién? ¿El mercader de paños?
¿El burgalés? ¿El... Jamás,
jamás será mi marido
un ricacho montaraz
que no sabrá distinguir
si soy muger ó batan...

D. TADEO. No es ese el que te propongo,
¡Si me dejases hablar!...

PAULA. Pues ¿quién...

D. TADEO. Mi huesped; don Alvaro.

PAULA. ¡Ah!... El huesped...

D. TADEO. Sí; el capitan.
¿Vas á decir que tampoco
es digno de tí...

PAULA. No tal.
Pero sepamos primero
si él piensa en mi...

D. TADEO. ¡Voto á san!...
Pues ¡qué! ¿no te ha declarado
su pasion?

PAULA. No señor.

D. TADEO. ¡Ba!

PAULA. No, á fé de Paula.

D. TADEO. ¿Es posible...
¡Tan tímido, y militar!
No era yo asi, vive Dios,
en mi verde mocedad.
Pero en parte no lo estraño.
Un miserable oficial
cuyo único patrimonio
son sus pagas, que no van
muy corrientes, y los cortos
alimentos que le da
su primo el Conde...

PAULA. Eso fuera
lo de menos, y quizás
su pobreza le da mérito
á mis ojos.

D. TADEO. Pero habrá
dos meses que llegó á Cádiz
procedente de ultramar
el Conde, y, segun escribe
á su primo, llegará
á la Corte muy en breve
con ánimo de entablar
no sé que pleito. Es probable
que estando en la capital
sea útil á don Alvaro
su proteccion eficaz;
que aunque ellos no se conocen,
porque desde tierna edad
este ha vivido en España
y aquel otro en Yucatan,
al fin la sangre...

PAULA. Que el conde
le reciba bien ó mal,
nada importa. Ya lo he dicho:
no influye en mi voluntad
el interés y, á Dios gracias,
tengo bastante caudal
para que no necesite
los favores mendigar
de nadie el que haya de ser

mi marido.

D. TADEO. Eso es verdad,
mas por mucho trigo nunca
mal año, dice el refran.
¿Y quién sabe si en don Alvaro
vendrá algun dia á parar
el Condado?

PAULA. ¡En él!...

D. TADEO. De menos
nos hizo Dios. El actual
poseedor es viudo...

PAULA. ¡Viudo!...

D. TADEO. Sí; viudo... ¡y sin hijos!

PAULA. ¡Ah!...

D. TADEO. Don Alvaro es su inmediato
heredero...

PAULA. ¡Cómo! ¿eso hay?
No sabia yo que estaba
tan espuesto á titular.
¡Dios mio!... Esa contigencia
es por sí sola capaz
de arredrarme...

D. TADEO. ¡Eh!... pero, hija,
si está de Dios...

PAULA. No; no está
de Dios, sino del demonio,
una boda desigual.

D. TADEO. Pero un conde... ¡por la Virgen
sacrosanta del Pilar!...
¿es acaso algun engendro
venenoso? ¿Algun caiman...

PAULA. Yo no sé, pero á los títulos...
les tengo un miedo cerval.
Yo me miro en el espejo
de mi amiga Trinidad,
que no es mas que baronesa,
¡y es su suerte tan fatal...

D. TADEO. Un ejemplo no hace ley...

PAULA. No goza un dia de paz.
Su marido la desprecia,
la humilla... ¡No! Cada cual
con su cada cual.

D. TADEO. ¿Por uno
han de pagar los demas?
Pero no te azores tanto.
Yo dige una necedad.
El peligro de la herencia...
¡Vaya! es tan remoto y tan...
Poco menos que imposible.
¡Si fuese algun carcamal
el conde... Pero es muy apto
para volverse á casar
segunda y tercera vez;
¿y quién sabe si la sal
de una linda gaditana
le ha llevado ya al altar?
Y, últimamente, don Alvaro
¿es por ventura inmortal?
Antes de morir el Conde
bien nos podria enterrar
á todos. Tengo entendido
que es un solemne animal,
y esta es otra garantía...

PAULA. ¿De qué?

D. TADEO. De longevidad.

PAULA. Pero, señor don Tadeo,
¡Si eso es hablar de la mar!
¡Si no me quiere don Alvaro!

D. TADEO. Yo te hacia mas sagaz.
Nada me ha dicho; que, al fin,
yo no soy su capellan;
pero observo que te mira
con ansia de amor voraz,
y suspira, y se distrae...
Ayer, sin ir mas allá,
clavó el diente en un tapon
creyendo morder el pan.

PAULA. Si me mira, será acaso
por mera curiosidad.
Y si en efecto me adora,
¿quién le impide declarar
su pasion? ¿Querrá que yo
se la adivine? ¿Querrá
que me anticipe... ¡Seria

pretension original!

D. TADEO. Sin duda teme enojarte.
El seria mas audaz
si le animases un poco,
si viese alguna señal
de cariño...

PAULA. Me parece
que no le suelo mirar
con tan malos ojos...

D. TADEO. ¡Oiga!
Conque, ¿no le arañarás
si te habla...

PAULA. Creo que no.

D. TADEO. Basta. Pues él hablará;
él hablará, ¡ó ha de ver
para qué nació!
(*Llamando.*)
¡Tomás!

PAULA. ¿Qué hace usted! ¡En mi presencia...

D. TADEO. Tú te puedes retirar
si gustas; pero ahora mismo
sabré yo...

PAULA. ¡Jesus, qué afan!...
No urge tanto...

D. TADEO. (*A Tomás, que se presenta en la puerta del foro.*)
Si está en casa
don Alvaro, le dirás
que se tome la molestia
de llegarse por acá. (*Váse Tomás.*)

PAULA. ¡Por Dios, no me meta usted
en algun berengenal!
No vaya usted á decirle
que le amo... Es decir...

D. TADEO. Ya, ya.
Nada temas...

PAULA. ¡Por Dios!...

D. TADEO. Vete.
Yo me sabré manejar.

ESCENA III.

D. TADEO.

Caso á una, y pleito por menos.
¡Ay Dios, qué felicidad
si de las dos me librasen
el cura y el sacristan!

ESCENA IV.

D. ALVARO. D. TADEO.

D. ALVARO. Ya ve usted qué listo salgo
al primer aviso...
D. TADEO. Quedo
muy agradecido...
D. ALVARO. ¿Puedo
complacer á usted en algo?
D. TADEO. Si tal, si usted me revela...
D. ALVARO. ¿Qué...
D. TADEO. Sabe usted que Paulita
y su hermana Margarita
están bajo mi tutela.
D. ALVARO. Sí, señor, y es gran fortuna
para ellas...
D. TADEO. Y acá inter nos,
no es mucho que siendo dos
usted suspire por una.
D. ALVARO. Yo... Crea usted... Yo...
D. TADEO. Seor maula,
hable usted de buena fé.
¿A qué negarlo? Yo sé
que se muere usted por Paula.
D. ALVARO. Sí, señor. Ya fuera mengua,
aunque sufra mil sonrojos,
negar... Cuando hablan los ojos
en vano calla la lengua.
Pero juro por mi nombre
que Paulita nada sabe,
y aunque mi existencia acabe

entre congojas...

D. TADEO. (*Entre dientes.*) ¡Pobre hombre!

D. ALVARO. ¿Eh?

D. TADEO. Nada. Prosiga usted.

D. ALVARO. Honesto y puro es mi amor.
No crea usted que á su honor
tienda yo villana red.

D. TADEO. Yo no dudo...

D. ALVARO. Y pues en vano
con mi pobreza notoria
aspirára yo á la gloria
de obtener su blanca mano,
y lee usted en mi pecho,
que solo se abria á Dios,
ya no podemos los dos
vivir bajo el mismo techo.

D. TADEO. Galan, vergonzoso y tácito,
¿á qué viene esa locura?
¿He dicho yo por ventura
que niego mi beneplácito?

D. ALVARO. Con el alma le agradezco
si el buen tutor me le dá,
pero ¿de que me valdrá
si el de Paula no merezco?

D. TADEO. Vamos, que no es tan arpía...
mas si usted gime y se agacha
y no chista, la muchacha
no dirá: esta boca es mia.
El que pretende á una dama
no debe echarse por tierra;
y el que pregunta no yerra;
y el que no llora no mama.

D. ALVARO. Ya ve usted que soy soldado,
y cuando asi me reporto...
No, no es mi genio tan corto
como usted lo ha imaginado.
Yo tendria mas aliento
si tuviera mas fortuna,
pero mi suerte importuna
me quita el atrevimiento.
Paula es rica; yo soy pobre,
y por mas que usted me exhorta...

D. TADEO. Pero ¡hombre de Dios! ¿qué importa...
¡Por vida del mar salobre!...
Haya que comer y venga
de donde viniere.

D. ALVARO. Pero...
Vamos; no quiero, no quiero
que mi muger me mantenga.

D. TADEO. (¡Mas loco que ellas es él!)

D. ALVARO. ¡Un capitan... ¡Buen avance...
No me caso hasta que alcance
el baston de coronel.

D. TADEO. ¡Ay! ya puede irse á un convento
Paula si ha de estar soltera
hasta que su novio adquiera
el mando de un regimiento.

D. ALVARO. ¿Quién sabe... Hay guerra, y mi brazo
entre escuadrones tudescos
le buscará...

D. TADEO. ¡Estamos frescos!
Y si halla usted un balazo?

D. ALVARO. ¡Mejor! Entonces no peno...

D. TADEO. La resignacion alabo.

D. ALVARO. ¿Qué importa la vida...

D. TADEO. ¡Bravo!

D. ALVARO. Cuando la desgracia...

D. TADEO. ¡Bueno!

D. ALVARO. ¡Oh Paula, querida Paula!...
¡Oh si como eres hermosa
fueras pobre!...

D. TADEO. Vaya... es cosa
de encerrarle en una jaula.

D. ALVARO. Juro á Dios y á mi conciencia
que me alegrara infinito
de verla...

D. TADEO. Pero, ¡maldito...

D. ALVARO. Reducida á la indigencia.

D. TADEO. ¡Pues la quiere bien el mozo!

D. ALVARO. Si fuera usted lo que son
otros tutores...

D. TADEO. ¿Ladron?

D. ALVARO ¡Pronto tendria ese gozo!

D. TADEO. ¡Hombre! ¿á quién le ocurre, á quién...

D. ALVARO. Pero este pobre señor...
D. TADEO. ¡Vaya qué...:
D. ALVARO. ¡Ha dado en la flor...
D. TADEO. Em...
D. ALVARO. ¡De ser hombre de bien!
D. TADEO. Sí...
D. ALVARO. ¡Funesto patrimonio!
D. TADEO. ¡Oh...
D. ALVARO. ¡Mi destino...
D. TADEO. ¡Hum... ¿Cuándo hablo
yo? Em...
D. ALVARO. ¡Paula!
D. TADEO. ¡Vaya usté al diablo
y vaya Paula al demonio!

ESCENA V.

D. ALVARO.

No el tutor, si el obispo de Sigüenza
con todo su cabildo diocesano
quisiera convencerme, fuera en vano.
Yo no quiero que nadie me convenza.
¡Oh Paula! ya mi espíritu comienza
á hartarse de la vida, y si el tirano
dolor me mata de perder tu mano,
yo moriré de amor; no de vergüenza.
Satíricos ingenios de la corte
cuya pluma mordaz en hiel se moja,
¿qué diria ¡ay de mí! vuestra cohorte?
Diriais... ¡Esta idea me sonroja!—
«Doña Paula ha comprado su consorte.—
Le venderá tambien si se la antoja.»



ESCENA VI.

D. ALVARO. TOMÁS.

TOMÁS. Señor capitan...
D. ALVARO. ¿Qué traes?

TOMÁS. Esta carta... (*Le dá una cerrada.*)


D. ALVARO. ¿A ver?... ¿De dónde...
(*Leyendo en el sobre.*)
«Andalucia» —Está bien.
(*Abre la carta.*)
Pondrás en mi cuenta el porte.

ESCENA VII.

D. ALVARO.

De don Anselmo... Crei
que era de mi primo el conde.
(*Lee.*)
«Ecija, 15 de Octubre»...—
¡Ya ha llovido desde entonces!
Como no pueden pasar
sin tropa que los escolte
los correos, se retrasan...—
«Señor don Alvaro Ponce.—
Amigo y muy señor mio:
escribo á usted con el doble
objeto de darle un pésame
y una enhorabuena. Anoche,
cuando su primo de usted,
dirigiéndose á la corte,
se acercaba á esta ciudad,
hubo de volcar el coche
en un precipicio...» —¡Cielos!—
«Quedando muertos del golpe
él y el cochero...» —¡Dios mio!...—
«y otro caballero joven
que le acompañaba. Asi
lo han asegurado acordes
varios arrieros, testigos
de desgracia tan enorme.
Yo, que le estaba esperando
para alojarle conforme
á su clase, cuidaré
de que le hagan los honores
fúnebres.—Amigo mio,
no tiene poder el hombre

contra la parca inflexible;
y aunque es justo que se llore
á los difuntos, aqui
encaja como de molde
aquel refran de *los duelos*
con pan... &c.; conque,
ruegue usted á Dios por él,
y por muchos años goce
con la inesperada herencia
el condado de Alba-Torres,
mandando á su servidor
y amigo.—Anselmo Quincoces.»
¿Es posible, santo cielo...
¡Ha muerto mi primo! ¡Pobre,
pobre don Diego! Se libra
de los peligros que esconde
el ancho mar proceloso;
llega sano y salvo al borde
de la tierra deseada;
cruza sin hallar ladrones
media Andalucía... ¡y muere
sin decir oste ni moste
cuando menos lo pensaba!...
¡Nuestro Señor le perdone!
Aunque no le conocia
ni le he debido favores,
era mi primo, mi sangre...—
Pero él ha muerto sin prole
y siendo yo su mas próximo
pariente, me corresponde
su pingüe caudal, su título...
¡Oh gozo!...— Dios le corone
de gloria.—¡Albricias, amor!
Ahora no será tan torpe
mi lengua, que ya cesaron,
bella Paula, mis temores.
Si merezco que benigna
oigas mis ruegos... ¡Oh noble
difunto! perdona que antes
de rezar un *pater noster*
por el reposo de tu alma
al júbilo se abandone

la mia... Pero ella sale.
(*Mirando adentro.*)
No la hay mas bella en el orbe.
¡Qué manjares cria Dios
para regalo del hombre!

ESCENA VIII.

PAULA. D. ALVARO

D. ALVARO. ¡Paulita!
PAULA. ¡Oh don Alvaro!
D. ALVARO. ¡Paula de mi vida,
con el alma herida
me postro á tus pies! (*Lo hace.*)
PAULA. ¿Qué hace usted? ¿Qué ráfaga
de locura es esa?
D. ALVARO. Amor me embelesa;
¡amor! ¿No lo ves?
Y tú eres el ídolo
divino, inefable...
PAULA. Alce usted; no me hable
en esa actitud.
D. ALVARO. Tu mano benéfica
me dá... ¡No te enojes!
Si plácida acoges
mi solicitud.
PAULA. ¿Mi mano? ¡Qué lástima!
Calle usted, cristiano.
No doy yo mi mano
asi como asi.
D. ALVARO. ¡Paula!...
PAULA. (¡Ayer tan tímido,
y hoy...)
D. ALVARO. ¡Mi bien!
PAULA. ¡Qué tema!
Alce usted, postema,
ó me voy de aqui.
D. ALVARO. (*Levantándose.*)
¡No! Ya humilde súbdito
te obedezco, hermosa.
PAULA. Eso es otra cosa.

Ahora estamos bien.

D. ALVARO. Y ahora sin preámbulos
te doy mi albedrío,
y espero, amor mio,
que digas: amen.

PAULA. ¿De verás? (Mi júbilo
en vano reprimo.)
Confieso que estimo
tan alto favor.

D. ALVARO. ¿Sí? Pues dulce vínculo
en el templo santo
enjugue mi llanto,
bendiga mi amor.

PAULA. ¡Qué hombre! ¡Es un relámpago!

D. ALVARO. ¡Ah, Paula, estoy loco!

PAULA. Vamos poco á poco.
¿Sabe usted si yo...

D. ALVARO. Mi gloria es sin límite
si soy tu marido;
soy hombre perdido
si dices que no.

PAULA. No es tanto mi mérito
que asi... de repente,
pasion tan ardiente
inspire á un galan.

D. ALVARO. Dias ha que víctima
de tus ojos arde
mi pecho...

PAULA. ¡Y cobarde
callaba su afan!

D. ALVARO. Recelaba ¡ay mísero!
que tan bella dama
pagase mi llama
con frio desden.

PAULA. No es mi alma de víbora,
que de amor esclava
tambien suspiraba
sin decir por quién.

D. ALVARO. Perdona si crédulo...
quizá en demasía,
me apropio, alma mia,
la fé de tu amor.

¡Callas, y los párpados
inclinas al suelo,
y te cubre el velo
de honesto pudor!
Basta; ya me es lícito
llamarte mi dueño.
¡Oh dicha! No es sueño:
tú me quieres; sí.
¡Bendigo tus órdenes,
sábia Providencia!—
¡Bien haya mi herencia,
porque es pàra tí!

PAULA. ¡Herencia!

D. ALVARO. Sí, el título
de conde...
(*Mostrando la carta que recibió.*)
Este pliego...
mi primo don Diego....

PAULA. ¡Dios mio!...

D. ALVARO. ¡Murió!

PAULA. ¡Ah!...

D. ALVARO. Camino de Ecija...
¡pobre!... en un desierto...
Sin hijos ha muerto
y le heredo yo.

PAULA. ¡Funesta catástrofe!

D. ALVARO. ¡Llorémosle juntos!—
Tres son los difuntos.
Un vuelco fatal...
Mas luego que el párroco
sus preces entone
amor nos corone
y el canto nupcial...

PAULA. ¡Jamás!

D. ALVARO. Pues ¿qué obstáculo...

PAULA. ¡Jamás!

D. ALVARO. Si ahora mismo...

PAULA. ¡Jamás!... Un abismo
se abre entre los dos.

D. ALVARO. ¡Lo dices con lágrimas...

PAULA. (¡Un conde! ¡Ah, qué miedo!...)

D. ALVARO. ¿Cuál es...

PAULA. ¡No, no puedo!
D. ALVARO. Pero...
PAULA. ¡A Dios! ¡A Dios!

ESCENA IX.

D. ALVARO.

¡Paula!... ¡A otra puerta!—¡Dios mio,
qué es esto? Yo me hago cruces...
¡Tan afable en sus acentos,
en sus miradas tan dulce,
y de improviso se altera
su semblante, y me interrumpe,
y haciendo mil aspavientos
suelta un jamás que me aturde,
y dice que entre los dos
se abre un abismo!... ¿Qué nube
tempestuosa, inesperada
asi ha apagado la lumbre
de mi esperanza? ¿Será
que la desgracia la asuste
de mi primo y no se atreva
bajo de auspicios tan fúnebres
á casarse... ¡Eh! no. Si fuese
deudo suyo el que sucumbe...
Pero causar un estraño
tan profunda pesadumbre...
no puede ser.—¡Un abismo
entre los dos!—¿A qué alude...
No lo entiendo. ¿Habrá hecho voto
de castidad... ó voluble
y caprichosa se burla
del cariño que me infunde?
¡Necio y mísero de mí
que la lengua no detuve...
Porque al fin... sea el motivo
cual fuere, ella me confunde,
me desprecia...

ESCENA X.

MARGARITA. D. ALVARO.

D. ALVARO. ¡Ah Margarita!
¡Ah!...
MARGARITA. ¿Qué tiene usted? ¿Qué ocurre...
D. ALVARO. Que hoy he declarado á Paula
el amor que me consume...
MARGARITA. ¿Y eso á mí...
D. ALVARO. Pero en mal hora
he faltado á mi costumbre
de callar, porque la ingrata
no quiere que indisoluble
coyunda...
MARGARITA. ¿Cómo ha de ser,
hijo mio! Usted procure
consolarse... Esos son golpes
de fortuna... Y en resumen,
¿qué he de hacer yo... ¡Haber callado!
D. ALVARO. Yo espero que usted disculpe
mi osadía, cuando sepa...
MARGARITA. (¡Fastidio!...)
D. ALVARO. Desde la cumbre
de una cuesta hasta un barranco
profundo cayó de bruces
mi primo el conde...
MARGARITA. (¡Qué escucho!)
¡Válgame santa Gertrudis
la magna! Y ¿murió?
D. ALVARO. ¡Murió!
Carta del 15 de octubre
me da la triste noticia.
MARGARITA. No me parece tan lúgubre;
pues si ha muerto sin dejar
un hijo que le sepulte,
segun creo, usted le hereda.
D. ALVARO. Es verdad.
MARGARITA. ¡Qué usted disfrute
muchos años el condado!
D. ALVARO. Mientras Paula le rehuse

¿para qué le quiero?

MARGARITA. Paula
tiene ideas ¡tan comunes!
Tal vez se habrá enamorado,
aunque ella no lo descubre,
de algun *quidam*.

D. ALVARO. ¿Es posible?

MARGARITA. Sí; de cualquier Pedro Nuñez
ó Juan Fernandez.

D. ALVARO. No sé,
pero de mis ojos huye...

MARGARITA. ¡Si digo.... (No vendrá mal
un conde, á falta de un duque.)
Le está á usted bien empleado
el desaire que ahora sufre.
Debe usted poner su amor,
y lo hará cuando consulte
con la razon, en quien tenga
pensamientos mas ilustres.

D. ALVARO. Señora...

MARGARITA. Usted que dará...
no es posible que lo dude,
mas esplendor á ese título
que su antecesor inútil,
porque dicen...

D. ALVARO. Respetemos,
al difunto, y Dios le juzgue.

MARGARITA. No digo precisamente
que usted su boda efectúe
con una princesa. Hay damas
que aunque tan alto no suben
son dignas...

D. ALVARO. Sí; por ejemplo,
Paulita.

MARGARITA. (¡Este hombre es un yunque!)
Pero si ella...

D. ALVARO. Yo la adoro,
aunque mi muerte apresure...

ESCENA XI.

MARGARITA. DON ÁLVARO. TOMÁS.

TOMÁS. Señor, esta esquela...
D. ÁLVARO. (*Tomándola.*) Dame.
(*Leyendo el sobre.*)
¡Cielos! ¿Tengo alguna nube
en los ojos? Esta letra
es de mi primo.
MARGARITA. ¿El que pudre?
D. ÁLVARO. (*Abriendo la esquela.*)
Veamos... ¡Esta es su firma!
MARGARITA. Vea usted la fecha...
D. ÁLVARO. (*Leyendo.*) «Hoy lunes
3 de noviembre...» ¡Ah! ¡No ha muerto!
¡Está en Madrid! (*Lee para sí.*)
MARGARITA. ¿Sí? (Ya estuve
en peligro de estrellarme...
Recoja velas el buque.)
D. ÁLVARO. ¿Quién trajo esta esquela?
TOMÁS. Un mozo
de la posada de Antunez.
D. ÁLVARO. ¡Pues! no hay duda.—«Así que deje
bajo llave los baules,
iré á abrazarte.»
(*A Tomás.*) Está bien.

ESCENA XII.

D. ÁLVARO. MARGARITA.

D. ÁLVARO. Aquí le espero; no cruce
por otras calles...
MARGARITA. Yo siento,
don Álvaro, que se frustre
tan lisonjera esperanza...
D. ÁLVARO. Lo que quiere Dios se cumple.
No hay miedo que yo me arroje
en un pozo ó me estrangule
por eso. A mi amigo el de Écija

le dirian un embuste,
ó Dios...

EL CONDE. (*Dentro.*) ¿Dónde está mi primo?

D. ÁLVARO. ¡Él es!

CONDE. (*Dentro.*) Deja que le estruje
entre mis brazos...

TOMÁS. (*A la puerta.*) El conde...

CONDE. (*Entrando.*)
No es menester que me anuncies.

ESCENA XIII.

MARGARITA. D. ÁLVARO. EL CONDE.

CONDE. ¡Oh primo! En vano reprimo...
(*A Margarita saludándola.*)
¿Es este mi primo?

MARGARITA. El es...

CONDE. ¿Don Alvaro Ponce?...

MARGARITA. Pues.

CONDE. ¡Oh primo, abraza á tu primo!
(*Le abraza.*)

D. ÁLVARO. Primo y señor, mucho gozo
tengo en ver á usted...

CONDE. ¡Qué diablo!
¡Señor!... Deja ese vocablo.—
¿Sabes que eres guapo mozo?
¿Qué importa que á Yucatan
dejáras siendo muy niño?
Si los ojos no, el cariño
te conoce, ¡voto á san!
Nuestras almas tienen eco
aunque con distinto sol
tú vegetaste español
y yo crecí yucateco.

D. ÁLVARO. Sí; mi afecto corresponde
al de usted...

CONDE. Nada de usted.

MARGARITA. (¡Cuán amable!... Bien se vé
que ha nacido para conde.)

CONDE. ¿Tú á mí de usted? ¡Qué despego!
Conde soy, mas primo soy.

Llamémonos desde hoy
tú por tú y Alvaro y Diego.

D. ALVARO. Sea así, pues... tú lo quieres.

CONDE. ¡Bravo!—¿Es esta señorita
tu patrona?

D. ALVARO. Sí.

CONDE. Bendita
entre todas las mugeres.

MARGARITA. Señor, usted me abochorna...

CONDE. Juro á Dios que no hay doncella
tan primorosa y tan bella
desde Madrid á Liorna;
y si hubiera algun blasfemo
que lo negase...

MARGARITA. Yo estimo...

D. ALVARO. (*Aparte con Margarita.*)
¡Qué estravagante es mi primo!

MARGARITA. No tal. Gracioso en estremo.

CONDE. ¿Qué decias?

MARGARITA. (¡Cuál me clava
los ojos!)

D. ALVARO. Que me enageno
de placer al verte bueno
cuando muerto te lloraba.

CONDE. ¿Muerto? ¿Luego ya tuviste
noticia del vuelco atroz...
¿Luego ha corrido la voz...
Sí; pensé morir, ¡ay triste!
Quebrado el eje del coche
y desbocadas las mulas,
nuestras voces eran nulas...
¡Nos despeñamos! ¡Qué noche!
Tendido en aquel desierto
sin exhalar un suspiro
me verian... No me admiro
de que me diesen por muerto;
mas despues de largo rato
me recobro, gimo, brego
y medio arrastrando llego
hasta un cortijo inmediato.
Bajo su techo pajizo
aquella pobre familia

me da un albergue, me auxilia...
¡Dios pague el bien que me hizo!
Seis dias duró la cura
no mas, y aun echo por largo,
que soy conde, y sin embargo
tengo buena encarnadura.
Ello... confesar es justo,
que aun se resiente este brazo...
mas si fue grande el porrazo
fue mucho mayor el susto.
Quiso Dios por su bondad
libertarme de aquel potro,
pero el cochero y el otro
¡están en la eternidad!—
En fin, otro coche ajusto
sin reparar en el porte,
y héteme, oh primo, en la corte
contento, sano y robusto.

D. ALVARO. Yo te doy mi parabien.

CONDE. Mil gracias. (Otra te queda.)
¡Pobre don Claudio Cepeda!
Dios le dé su gloria, amén.

MARGARITA. Yo tambien me congratulo...

CONDE. Gracias. ¡Oh qué ojos! ¡Qué brio!

MARGARITA. No se ria usted...

CONDE. No rio.

MARGARITA. No me adule usted...

CONDE. No adulo.—
Ahora bien, primo del alma;
yo me hallo en este momento
sin tener alojamiento,
¡y me estoy con esta calma!
Tiene el maldito meson
donde he venido á parar
honores de muladar;
y un hombre de distincion...

MARGARITA. (¡Oh, si se quedase aquí!)

CONDE. Yo necesito un palacio.

MARGARITA. Eso es para mas despacio...

CONDE. ¿No habrá quien me alquile...

D. ALVARO. Sí.

CONDE. Al precio no pongo tasa.

D. ALVARO. Ya ves; yo soy militar...
Si no...

MARGARITA. Si quisiera honrar
el señor conde esta casa...

CONDE. No digo aquí; al aire libre
durmiera yo sobre un césped
porque me llamára huésped
dama de tanto calibre;
y por ser este el hogar
de mi primo, aceptaria...;
pero gracias, alma mia,
gracias. No quiero abusar...

MARGARITA. ¿Me hace usted ese desaire
porque no es digna mi choza
de hospedar...

CONDE. Sí tal. (¡Qué moza!)
Mas no debo... (¡Qué donaire!)

MARGARITA. Ruego á usted...

CONDE. ¿Rogar? Precepto
es, señora, para mí
la... Basta: me quedo aquí.

MARGARITA. Sentiria...

CONDE. ¡Nada! Acepto.
Mas ya llegará mi turno,
y espero...

MARGARITA. (*Llamando: poco despues llegan los criados, les habla aparte Margarita, y entran en la habitacion de la derecha.*)
¡Juana, Tomás,
Gil!

CONDE. ¿Qué tienes tú, que estás
cabizbajo y taciturno?

D. ALVARO. Nada.

CONDE. Vaya, aunque te ahorres
de decirlo... estoy al cabo...

D. ALVARO. ¿Cómo?

CONDE. No es moco de pavo
el condado de Alba-torres.

D. ALVARO. ¡Diego!

CONDE. Es petardo y no flojo,
y desengaño muy triste
verme aquí cuando creiste

que habia cerrado el ojo.

D. ALVARO. ¡Don Diego!...

CONDE. Y acá inter nos,
yo no estraño... Antes me aflijo...

D. ALVARO. ¡Señor don Diego!

CONDE. Pero, hijo...
Vamos; ¡no estaba de Dios!

D. ALVARO. Señor conde yucateco,
aunque callo y me fastidio
sepa usted que no le envidio
su condado ó su embeleco.

CONDE. ¿Te enfadas? ¡No seas niño!
Una chanza...

D. ALVARO. A mí me sobra
para vivir sin zozobra
con esta espada que ciño.
No es hijo de la codicia
el pesar que me atormenta,
ni tengo que darte cuenta...

CONDE. Perdona: he dado una picia.

D. ALVARO. ¡Oh!... Me voy...

CONDE. No te escabullas...

D. ALVARO. Por no...

CONDE. ¡Si digo que es broma!

MARGARITA. (*Aparte al conde.*)
¡Eh! con su pan se lo coma
si se pica...

D. ALVARO. ¿A mí con pullas?

CONDE. ¡Bien, hombre! Ya las suprimo.
Tu primo el conde responde.

D. ALVARO. ¡Eh, ¿qué primo ni qué conde!...
Desprecio al conde y al primo.

ESCENA XIV.

MARGARITA. EL CONDE.

MARGARITA. ¡Qué insulto y qué sinrazon!

CONDE. ¿Hase visto parlachin?...
¡Eh! le perdono, que al fin
es hijo de un segundon,
y para un conde presunto

ha sido fatal hallazgo
que en lugar del mayorazgo
se le aparezca el difunto.

(*Vuelven á salir los criados, y se retiran por el foro.*)

MARGARITA. Puede usted ya entrar...

CONDE. ¿Adónde?

MARGARITA. A su aposento. Aquel es.

CONDE. ¡Que me place! Hasta despues.

MARGARITA. Beso á usted la mano, conde.

CONDE. Yo la de usted; mas mi norma
es, señora, diferente,
que usted lo hace verbalmente,
y yo...

MARGARITA. ¿Cómo?

CONDE. (*Besando la mano á Margarita.*)
En esta forma.

MARGARITA. ¡Eh! ¡Qué audacia!...

CONDE. ¡Oh! Yo no peco.
Vengo de climas lejanos...
Así se besan las manos
en estilo yucateco.

(*Entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA XV.

MARGARITA.

Si fuera un hidalgo á secas...
Pero un conde, y tan selecto...
¡Galantes son, en efecto,
las costumbres yucatecas!—
A ser mi huésped se allana
y, ó me engaña el corazon,
ó él cumple la prediccíon
de la donosa gitana,
y aunque el tutor importuno
con mi altivez no transije,
bien dije yo cuando dije:
de conde abajo... ¡ninguno!

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

PAULA; JACINTA.

PAULA. (*Acabando de leer una carta.*)
¡Ay dolor! ¡Ay desventura!...
JACINTA. ¿Qué tiene usted, señorita?
Esa carta...
PAULA. ¡Es mi sentencia
de muerte; es la despedida
de Don Alvaro!
JACINTA. ¿Es posible!...
PAULA. Se ha figurado que es víctima
de mi desden y se aleja
desesperado. ¡Ah Jacinta!
yo soy la funesta causa
de su pena y de la mia;
yo cuyo injusto rigor
su corazon martiriza;
yo á quien acusa de ingrata...
¡y diera por él mi vida!
JACINTA. Amor y rigor; cruel
y apasionada... ¿Qué enigma
es este? Yo que no entiendo
tan discreta algarabia,
juraría que la causa
de su fuga es muy distinta.
PAULA. ¿Cuál?
JACINTA. Que le hace mal estómago

la llegada intempestiva
de su primo, pues por ella,
cuando ya se relamia
con el título de Conde,
se queda el pobre *¡per istam!*

PAULA. No. Su noble corazon
no se abre á la baja envidia
ni al vil interés. Acaso
su delicadeza misma
le inspira resolucion
tan amarga... ¡Oh! todavia
será tiempo. Aun estará
en su cuarto... Corre, amiga;
dile que deseo verle,
hablarle...

JACINTA. Pero...

PAULA. Anda aprisa.

ESCENA II.

PAULA.

(*Leyendo.*)

»Adios, ingrata señora.
Dichoso yo si me libra
una bala de mi triste
existencia, pues la mira
con tal desprecio la hermosa
á cuyos pies la rendia.» —
¡Yo despreciarle, Dios mio!
¡Qué ceguedad! ¡Qué injusticia!
¿Pero es mucho que lo crea
si ayer huí de su vista...
Mas ¿por qué no recordar
que antes con grata sonrisa
le escuché cuando conceptos
amorosos me decia?
¿Por qué olvida que mi llanto
corriendo por las mejillas
mostraba cuán doloroso
sacrificio me exigia
el pundonor!... ¡Ah! ya viene

¡Albricias, amor, albricias!

ESCENA III.

PAULA. DON ÁLVARO.

PAULA. Venga usted, santo varon.
D. ALVARO. ¡Paula...
PAULA. ¿Manda el rey de España
que salga usted á campaña,
ó que esté de guarnicion?
D. ALVARO. Yo he solicitado, á ley
de buen soldado, el lugar
mas digno...
PAULA. Usted debe estár
donde se lo manda el rey.
Tambien es puesto de honor
guardar á su magestad.
D. ALVARO. Sí señora, eso es verdad,
mas yo me hallaré mejor...
PAULA. ¿Y su hospedage abandona
un noble de esa manera...
D. ALVARO. ¡Paula!...
PAULA. ¿Sin decir siquiera:
quede usted con Dios, patrona?
D. ALVARO. Ya la escribí...
PAULA. ¡Singular
despedida!
D. ALVARO. Yo... Mi objeto...
PAULA. ¿Y á qué escribir al sugeto
con quien podemos hablar?
D. ALVARO. ¿Y me lo pregunta ¡ay Dios!
la misma muger que impía
me dijo ayer que se abria
un abismo entre los dos!
PAULA. Amor á veces se esconde
bajo el velo del desden.
D. ALVARO. ¡Oh! Aquel jamás...
PAULA. ¿Pero quién
le mandaba á usted ser conde?
D. ALVARO. ¿Cómo!
PAULA. Eso era ya capítulo
de otra cosa.

D. ALVARO. No comprendo...
Pues ¿ aquel abismo horrendo ..

PAULA. Era el condado, era el título.

D. ALVARO. ¡Oh dicha! ¡Oh placer inmenso!
¿Luego me amabas, y fuí
tan...

PAULA. A don Alvaro sí,
pero al conde... ¡ni por pienso!

D. ALVARO. ¿Por qué tienes mala idea
de los condes? No eres justa...

PAULA. ¡Oh! la escelencia me asusta;
me horripila la librea.

D. ALVARO. Pero, hija...

PAULA. ¿Condesa yo?
¡Nunca: así el cielo me valga!
No es razon que nadie salga
de la esfera en que nació.

D. ALVARO. No temas que yo te arguya;
que es la tuya en mi opinion
estraña preocupacion,
mas la respeto por tuya.

PAULA. Por dicha para los dos
no eres conde; ya no gimo
por la muerte de tu primo.
¡Mil años le guarde Dios!
Y ya puedo sin rebozo,
pues don Alvaro te llamo,
no mas, confesar que te amo...

D. ALVARO. ¡Me amas! ¡Yo muero de gozo!
Por verla en tu frente ¡oh cara!...
¿y en dónde mejor, en dónde?—
no la corona de conde,
la de rey ambicionara;
que por tus ojos serenos
te lo juro una y mil veces;
tanto mas tú la mereces
cuanto la deseas menos;
y aunque modesta y secilla,
bien podrias, vive Dios,
eclipsar á mas de dos
ricas hembras de Castilla.

PAULA. Si como en lodo la perla

en otras frentes la ves,
don Alvaro, mejor es
no llevarla, y merecerla.
A su brillo sostituya
la que nos teje el amor;
¿y qué título mejor
que el de ser esposa tuya?

D. ALVARO. Primo, que así me socorres
resucitando, ¡bien hecho,
bien!... Hágate buen provecho
tu condado de Alba-torres,
y vuélveme en hora buena
tu rostro, fortuna calva,
si el no ser conde me salva,
y el ser conde me condena.

PAULA. Cuando nos una Himeneo
nos basta, sin esa herencia,
para vivir con decencia
la renta que yo poseo.

D. ALVARO. Ah!... (¡Ya se aguó mi placer!)

PUALA. Seis mil ducados...

D. ALVARO ¡Guarismo
terrible!

PAULA. ¿Cómo!

D. ALVARO. ¡Otro abismo
mas profundo que el de ayer!

PAULA. ¿Mi renta?

D. ALVARO. ¡Sí! Tambien yo
diré, y valga lo que valga;
«no es razon que nadie salga
de la esfera en que nació.»

PAULA. ¿No hay en los dos igualdad?

D. ALVARO. No. ¡Un patrimonio soberbio,
y yo....

PAULA. Mas...

D. ALVARO. Dice el proverbio:
dineros son calidad.

PAULA. Mas tú no eres un cualquiera.
Ya eres capitan, y andando
el tiempo... Yo no te mando
que abandones tu carrera.

D. ALVARO. No tal; pero, en conclusion,

mientras asciendo ó no asciendo,
como un padre reverendo
comeré de mogollon.

PAULA. Tanta vanidad me pica.

D. ALVARO. A la de usted corresponde.
Usted no me quiso conde:
yo no la quiero á usted rica.

PAULA. Se desdeña usted acaso
de deberme á mí un favor?

D. ALVARO. No; pero dirán... ¡horror!
que por interés me caso.

PAULA. ¡Adios esperanzas muertas!
Con que, para ser mi esposo
este señor ¿es forzoso
que me quede yo por puertas?

D. ALVARO. ¿Qué quieres! Todo es estremos...
Cuando yo bajo tú subes;
bajas tú, y yo por las nubes...
¡Ah! nunca nos casaremos.

PAULA. Mas dista un conde de mi
que disto yo de un hidalgo.

D. ALVARO. Paula, yo sé lo que valgo.
¿Puedo compararme á tí?

PAULA. ¡Válgame Dios, capitan!...
Mas si alguno lo ha de hacer,
¿á quién le toca ceder:
á la dama, ó al galan?
No imite usted mi manía,
que eso es obrar como un niño
y ya que no por cariño
ceda usted por cortesía.

D. ALVARO. Señora, esto no es desden
ni grosería, es que yo...

PAULA. Con que ¿no hay arbitrio?

D. ALVARO. ¡No!

PAULA. Pues señor... ¡estamos bien!

D. ALVARO. Habremos de conformarnos...

PAULA. ¡Ah! dos amantes tan tiernos...

D. ALVARO. ¡Amarnos, y no entendernos!

PAULA. ¡Querernos, y no casarnos!

D. ALVARO. Por mas que el alma lo sienta...

PAULA. ¡Tan entusiasmado ayer,

y hoy..

D. ALVARO. ¿Quién te manda tener
seis mil ducados de renta?

PAULA. ¿Quién te manda á tí ser tonto?

D. ALVARO. No, sino infeliz. ¡Ay triste!

PAULA. ¡Ah!... Mas si en eso consiste,
nos casaremos, y pronto.

D. ALVARO. ¿Cómo!...

PAULA. Ningun sacrificio
es costoso á mi deseo.
Con la renta que poseo
voy á fundar un hospicio.

D. ALVARO. ¡Paula!...

PAULA. Hasta el último ochavo...

D. ALVARO. Pero...

PAULA. Sí; de cualquier modo
mañana salgo de todo.
¡No me ha de quedar un clavo!

D. ALVARO. ¡Locura!

PAULA. ¡A ver si te obligo
á proceder como debes!
¡A ver si entonces te atreves
á no casarte conmigo!

D. ALVARO. ¡Por Dios!..

PAULA. Viéndome sin pan,
quizás, aunque no te sobre,
partirás con esta pobre
tu racion de capitan.

D. ALVARO. ¡Y quieres ser infelice
por mi amor, muger tenaz!
(¡Y es que, en efecto es capaz
de hacerlo como lo dice!)
Tus rentas....

PAULA. Me causan tedio
Si no aceptas su traspaso.

D. ALVARO. (¡La arruino si no me caso!—
Me casaré... ¡No hay remedio!
Pero mal provecho me haga
lo que gaste para mí
si escede un maravedí
de la mitad de mi paga.)

PAULA. Basta. ¡Usted no me ama! Usted...

D. ALVARO. No; ya cedo, prenda amada.
Me pones entre la espada...

PAULA. ¡Dueño mio!

D. ALVARO. ¡Y la pared!

PAULA. ¡Oh ventura! ¡Hoy pierdo el juicio!
¡Me das palabra..

D. ALVARO. Sí, sí;
porque mas te quiero á tí
que á los pobres del hospicio.

PAULA. ¡Gracias, valiente adalid!—
Pero ¡ay recuerdo funesto!
Tú ibas... Tú estabas dispuesto
á alejarte de Madrid.

D. ALVARO. Sí. Tu desaire cruel
¿me dejaba otro recurso?
Pero aun no habrá dado curso
á mi instancia el coronel,
y con mucho sentimiento,
porque hay cierta simpatía
entre él y yo, me vería
pasar á otro regimiento.

PAULA. ¡Ah! corre; no te detengas
¡Corre!

D. ALVARO. Pero... ¿no me das...

PAULA. La mano... porque te vas.
(*Le da la mano.*)

D. ALVARO. Y un abrazo...

PAULA. Cuando vengas.

ESCENA IV.

PAULA.

¡Qué desinterés! ¡Qué nobles
sentimientos! Es don Alvaro
un perfecto caballero.
No asi el conde americano,
que es el ente mas ridículo...
Mas su voz si no me engaño,
es la que oigo alli... Me voy,
por no mirarle. ¡Hum!... No en vano
reniego yo de los títulos

como de la cruz el diablo.
(*Entra en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA V.

EL CONDE, *de gala.* DON TADEO.

CONDE. ¿Adónde irá tan de prisa
por esa escalera abajo
mi señor primo? ¿Y vió usted
cómo me apretó la mano
y con qué cara de pascua
me dijo á Dios? Sin embargo,
aunque el mísero hace tripas
de corazon... No; al contrario:
de tripas...

D. TADEO. Lo mismo da.

CONDE. Estaria mas ufano
si yo no hubiera salido
de aquel maldito barranco.

D. TADEO. Usted no le hace justicia.
Su caracter es hidalgo
como su nombre...

CONDE. No sé...
Como yo no le he tratado...
Pero, al fin, es deudo mio...
Protegeré á ese muchacho;
le protegeré.

D. TADEO. ¿Y qué tal
le han tratado á usté en palacio?

CONDE. Me ha recibido muy bien
Felipe Quinto.

D. TADEO. Lo aplaudo.

CONDE. Me ha llamado primo.

D. TADEO. ¡Bueno!

CONDE. Ese es uno de los altos
privilegios de mi cuna;
aunque, á fé de buen cristiano,
su parentesco conmigo...
no le alcanzaria un galgo.
Lo que mas me lisonjea.

es el amable agasajo
con que se ha dignado hablarme.
Ya se vé; mi desenfado
natural... Mas de una vez
han sonreido sus labios
al escuchar mis felices
ocurrencias.

D. TADEO. No lo estraño.

CONDE. Y al despedirme me ha dicho:
venme á ver de cuándo en cuándo.

D. TADEO. Pues si con tanto favor
le recibe á usted, acaso
le empleará...

CONDE. Sí; tal vez
una plaza en los escaños
del consejo... Mas prefiero
mi independencia.

D. TADEO. ¿Sí? Alabo...

CONDE. Tengo rentas que me sobran
para no importarme un rábano
los favores de la corte.

D. TADEO. (¡Qué señor tan liso y llano!)
¿Y no piensa usted casarse
de segundas nupcias?

CONDE. Algo
sobre ese particular
su magestad me ha insinuado.
Querrá casarme tal vez
de real orden... ¡Guarda, Pablo!
Pero yo soy en estremo
popular, despreocupado;
ó, si usted quiere, un sí es no es
grotesco y estrafalario
en mis caprichos, y luego...,
no es justo que sea esclavo
mi corazon de importunas
etiquetas y de... ¿Estamos?

D. TADEO. Ya.

CONDE. Por un par de cuarteles,
por un par de garabatos
mas ó menos en su escudo,
no es razon que un hombre blanco

se case contra su antojo
y asi..., por razon de estado.
No; que podrán endosarme,
si solo consulto su arbol
genealógico, una novia
que no valga siete cuartos;
porque, amigo mio, es mucho
lo que va degenerando
la prosapia de los héroes.
¿Quién reconoce á Gonzalo
de Córdoba ó á Rodrigo
de Vivar en esos vástagos
encanijados y enclenques
que hoy pasean por el Prado?

D. TADEO. Por cierto, que es una lástima...

CONDE. ¿Qué lástima... ¡Es un escándalo!
¡Oh! es preciso que se crucen
las castas...

D. TADEO. Sí; es necesario...

CONDE. Indispensable, forzoso,
urgente; ó de aqui á cien años
dudarán si nuestros nietos
son hombres, ó renacuajos.

D. TADEO. (Es divertido este conde.)

CONDE. Pero ¿sabe usted, hablando
de otra cosa, que esas chicas...,
las pupilas, son un pasmo
de belleza y discrecion?

D. TADEO. Favor que usted...

CONDE. No las hago
sino justicia. Supongo
que tendrán ambas su cacho
de novio.

D. TADEO. ¡Eh! Creo...

CONDE. ¿Y qué tal
lo pasan de dote? ¿A cuánto
podrá ascender...

D. TADEO. Cada una
posee seis mil ducados...

CONDE. ¿De renta, ó de capital?

D. TADEO. De renta.

CONDE. De renta..., vamos...

Para lo que ellas merecen
no es gran cosa; pero al cabo...
para quien sepa apreciar
sus virtudes, sus encantos...
Dígalas usted que cuenten
con mi proteccion.

D. TADEO. ¡Cuidado...

CONDE. ¿Eh?

D. TADEO. ¡Con esas protecciones!

CONDE. No piense usted que yo trato
de... ¡Vaya! Absténgase usted
de hacer juicios temerarios.

D. TADEO. Como usted es todo un conde,
y ellas...

CONDE. Yo soy algo raro,
pero en punto á la moral...
¿Y daria yo ese pago
á quien me hospeda en su casa?

D. TADEO. Perdone usted.—Mas no alcanzo...

CONDE. Conde y todo, sepa usted
que tengo mi alma en mi almario,
y que si *pallida mors*,
como dijo Horacio Flaco,
mide por igual rasero
las chozas y los palacios;
pàuperum....

D. TADEO. Ya.

CONDE. Amor tambien
suele hacer esos milagros.

D. TADEO. ¡Qué! ¿Usted...

CONDE. En una palabra,
ya estoy si caigo, ó no caigo
en la dulce tentacion
de ofrecer mi ilustre mano
á una de las dos.

D. TADEO. ¿A cuál?

CONDE. Eso no lo veo claro
todavia. Entrambas son
de mi superior agrado.
¿A cuál le parece á usted
que elija? El asunto es árduo.

D. TADEO. ¿Qué me sé yo? Usted consulte

con su gusto.

CONDE. Es que... divago...

D. TADEO. O con el de ellas, mas bien.

CONDE. Eso es lo mas acertado,
que lo demas es echar,
como dice aquel adagio,
la cuenta sin... Como conde
me querrán las dos; es llano;
ahora, en cuanto á hombre...—¿Está usted?—
ya es harina de otro saco.
Mas yo quiero ser querido
por mí; no por mi condado.

D. TADEO. Es muy justo.—Pero temo
que usted se esté chanceando.

CONDE. ¿Chancearme? El diablo lleve
mis plantíos de cacao
y mis ingenios de azucar
si no estoy enamorado...
de cualquiera de las dos.

D. TADEO. ¡Vaya un hombre campechano!

CONDE. Los señores yucatecos
queremos... por duplicado.
No me caso...; el caso es este;
ó en esta casa me caso.

D. TADEO. Tanto honor...

CONDE. Pero ha de ser
á gusto y con beneplácito
de todos, y para ello
es fuerza tentar el vado...

D. TADEO. Sí.

CONDE. Usted no se ofenderá
porque yo dé ciertos pasos...

D. TADEO. Nada de eso; mas yo haré
lo que hizo Poncio Pilato.

CONDE. ¡Demonio! ¿Qué hará usted...

D. TADEO. Nada;
callar, lavarme las manos,
y que hagan ellas su santa
voluntad; que ya estoy harto
de lidiar con mis pupilas,
y tendré á usted por un santo
si acierta á quitarme pronto

la mitad de mis cuidados.

CONDE. Pues, con permiso de usted,
voy ahora mismo... Sí; el llanto
sobre el difunto. Una carta...
Yo soy hombre que no me ando
por las ramas. Hasta luego...
Errar, ó quitar el banco.

ESCENA VI.

DON TADEO.

¡Que todos estos señores
hayan de tener su ramo
de locura!—Mas ¿por qué
llamar locura á ese rasgo
de desinterés, de amable
popularidad? Ha dado
razones... A la verdad,
no es tan solemne gaznápiro
como me habian escrito,
y aunque es algo chavacano
y vulgar en sus modales...
¿Si será fruto bastardo
el conde de alguno de esos
cruzamientos que ha insinuado?—
No. ¡Bah! ¡Si es hijo legítimo!...
¡Dios nos libre de tan malos
pensamientos!

ESCENA VII.

DON TADEO. MARGARITA.

MARGARITA. ¡Don Tadeo!
D. TADEO. ¡Hola, Margarita!
MARGARITA. ¿Hay algo?
D. TADEO. ¿De qué?
MARGARITA. ¿Se ha esplicado el conde?
D. TADEO. ¿Sobre qué?
MARGARITA. Sobre... ¿Ha pensado...
D. TADEO. ¿En qué?

MARGARITA. Ya me entiende usted.
En mí.

D. TADEO. ¿Para qué?

MARGARITA. ¡Yo me aspo!

D. TADEO. ¿Por qué?

MARGARITA. Si usted me responde
con preguntas, no acabamos
en todo el dia.

D. TADEO. Pues habla.

MARGARITA. Yo sé que le di flechazo
apenas llegó.

D. TADEO. Tal vez.

MARGARITA. Y si creo en los halagos
de mi corazon...

D. TADEO. Quizá...

MARGARITA. Y en el dichoso presagio
de la gitana...

D. TADEO. ¿Quién sabe...

MARGARITA. No seria estraordinario...

D. TADEO. Puede.

MARGARITA. Que el conde....

D. TADEO. Es factible...

MARGARITA. Pretenda que dulce lazo...

D. TADEO. Todo cabe...

MARGARITA. Nos estreche...

D. TADEO. Si Dios...

MARGARITA. Con mil de á caballo,
acabe usted de esplicarse.

D. TADEO. Él se esplicará mas claro.
Ya me ha dicho, por de pronto,
mil elogios...

MARGARITA. ¡De mí!; es claro.

D. TADEO. De las dos; y al parecer,
no está lejos de un contrato
matrimonial...

MARGARITA. ¡Oh! Conmigo.

D. TADEO. ¡A saber...! Entró en su cuarto...
Creo que va á declararse
por escrito...

MARGARITA. No hay dudarlo;
¡Yo soy...

D. TADEO. No sé. Ya le he dicho

que en esto ni entro ni salgo;
que allá os goberneis vosotras;
que ya me aburro, y me canso,
y me... Con que, abur. Me voy
á tomar el sol un rato.

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¡Hum... qué posma! ¡Estoy tan harta
de la tutoría y de él!...
Pero el conde me ama, y ya
puedo darme el parabien...

ESCENA IX.

MARGARITA. TOMAS.

MARGARITA. (Tomás sale de su cuarto.
Lleva en la mano un papel...
La declaracion de amor...)
(*A Tomás, que se dirige á la puerta de la izquierda.*)
¿Aónde... ¿Eres ciego! Ven...
TOMAS. ¿Qué manda usted, señorita?
MARGARITA. ¿No te han dicho que me des
esa carta?
TOMAS. No, señora.
Me han dicho que es...
MARGARITA. ¿Para quién?
TOMAS. Para la otra señorita.
MARGARITA. ¡Bah! ¿Para mi hermana?
TOMAS. Pues.
Eso ha dicho el señor conde.
MARGARITA. ¡Qué necio... No puede ser.
(*Tomándole la carta.*)
¿A ver el sobre? ¡Está en blanco!
TOMAS. Yo...
MARGARITA. Sin embargo, yo sé
que te equivocas.
TOMAS. No tal,

que me ha dicho, y no en francés,
dásela en su propia mano
á doña Paulita.

MARGARITA. Bien;
si es verdad,... tómala y anda.

TOMAS. (*Tomando la carta.*)
Con su permiso de usted.

ESCENA X.

MARGARITA.

¿Habré yo formado, cielos,
otra torre de Babel
en mi cabeza? ¿Es posible
que haga el conde la sandez
de preferir á mi hermana? —
¿Y los requiebros de ayer?
¿Quién creyera... Me he quedado
fria como esa pared. —
Mas quizá sea la carta
indiferente; ó tal vez,
no atreviéndose á escribirme,
por temor de mi desden,
directamente, se vale
de mi hermana... Sí; eso es.

ESCENA XI.

MARGARITA. TOMAS.

MARGARITA. ¿Se la has dado?

TOMAS. Sí, señora.
La abre, la empieza á leer,
y colorada se pone
como un tomate, y cruel
hace de la pobre carta
cinco pedazos ó seis. —
(*Mostrándolos.*)
Aquí estan.

MARGARITA. (*Arrebatándoselos.*)

Vengan aquí.
(*Leyendo en uno.*)
(«Perla oriental, bello Argel
donde cautivo suspira
mi corazon, tengo sed
de tu cariño...» Y aquí:
(*Leyendo en otro.*)
«Seré tu marido fiel...»
¡Basta! ¡Fatal desengaño!
¡Ella es la elegida!...)
(*Devolviendo á Tomas los pedazos de la carta.*)
Ten.—
Con que, ¿la rompió furiosa?
¿Y qué te dijo despues?

TOMAS. «Así respondo yo á necias
pretensiones.»

MARGARITA. (¡Oh placer!)
Corre; que el conde estará
con la boca hecha una miel
esperando la respuesta.

TOMAS. Ya voy. ¡Plegue á Dios, amen,
que en albricias de su triunfo
no me arrime un puntapié!

ESCENA XII.

MARGARITA.

Para Paula era el billete;
no hay duda. ¡Qué estupidez!
A ella, vulgar criatura,
tributa su amante fé,
¡y á mí me posterga, á mí,
dama de tan alto prez!
Ó el conde no es el Mesías
matrimonial que me fue
profetizado, ó tendrá
la cabeza á componer.
Pero Paula me ha vengado
despreciando su oropel.
¡Oh qué buena hermana! Ahora

la daria un beso... ¡Tres!—
Él sale. . ¡Ea, Margarita,
no des tu brazo á torcer!

ESCENA XIII.

MARGARITA. EL CONDE.

CONDE. (¡A mí un desaire tan gordo
cuando con tales estremos...
Pero aquí está la otra... Demos
una virada de bordo.)

MARGARITA. (Me mira, calla, medita...)

CONDE. (Linda es tambien.—Voy allá...)
(*Acercándose.*)
¡Margarita!

MARGARITA. ¡Conde...

CONDE. ¡Ah
Margarita, Margarita!
¿Merezco yo la respuesta
que á mi ruego amante das?
(La otra me gustaba mas,
pero apechugo con esta.)

MARGARITA. ¿Qué respuesta ni qué ruego...

CONDE. ¿No acabas de contestar
á mi amor epistolar
haciendo añicos el pliego?

MARGARITA. ¿Cómo! Pues...

CONDE. ¡Cruel accion!

MARGARITA. ¿Era yo objeto del voto...

CONDE. Con la epístola me has roto
las alas del corazon.

MARGARITA. ¡Bah! no caigo en esa red.

CONDE. Ni el mismo Amadis de Gaula...

MARGARITA. Que no era yo, sino Paula,
á quien escribia usted.

CONDE. No era á Paula, sino á tí.

MARGARITA. ¡Pues si me dijo el criado
que usted le habia mandado
dársela á ella; no á mí.

CONDE. ¡A ella mi condado pingüe!
¡A ella mi amor!...¡Voto al chápiro!...

Ó me oyó mal el gaznápiro,
ó yo solté un *lapsus linguæ.*

MARGARITA. Él me mostró, haciendo muecas,
el sobre sin direccion....

CONDE. Sí: estaba en blanco... Estas son
precauciones yucatecas;
pues ya que arrostre un desden
todo un conde como yo,
harto es que le digan nó,
sin que el mundo sepa quién;
por eso en la carta escrita
no debe causarte asombro,
Margarita, si no nombro
á Paula ni á Margarita;
pero un chiquillo del aula
podrá conocer, oh bella,
que me dirijo con ella
á Margarita, y no á Paula.

MARGARITA. ¿Será cierto...

CONDE. Es evidente.

MARGARITA. Paula me leyó el papel
en que hablaba usted de Argel
y de... perla del Oriente:...

CONDE. Ahí ves claro como el sol
que tu amor me despepita,
porque perla y Margarita...,
todo es uno en español.

MARGARITA. Con efecto.

CONDE. ¡Qué magníficos
conceptos amor sugiere!

MARGARITA. Pero el que de veras quiere
no se anda con geroglíficos.

CONDE. Pero al buen entendedor,
ya sabes...

MARGARITA. Ya sé el adagio.

CONDE. Y el que recela un naufragio
mira á babor y estribor.

MARGARITA. ¿Qué, en fin, á nupciales lazos
me brinda usted...

CONDE. Sí, mi hechizo.
¿Qué, en fin, no eres tú quien hizo
de mi carta mil pedazos?

MARGARITA. No señor; mas temo aún...
CONDE. ¿Yo dudar entre los dos?
¡Qué absurdo! Gracias á Dios,
tengo sentido comun.
Pues dime, aunque yo prescinda
tentado por Belcebú,
ella linda y linda tú,
de que eres tú la mas linda,
¿tiene su cara plebeya,
por ventura, el señorio
que hay en la tuya, y tu brio,
y en fin, tu prosopopeya?
MARGARITA. ¡Oh! eso sí. Nadie me niega...
CONDE. ¡Vaya! entre miles y miles
distingo yo los perfiles
de una cara solariega;
que tambien hay gerarquías
en las caras de las gentes,
sin que influyan los parientes
en tales anomalías;
y pues sube ya mi gloria
mas alta que Guadarrama,
en la cara de mi dama
busco yo su ejecutoria.
MARGARITA. Aunque yo me ruborice,
puedo afirmar, caballero,
que no es usted el primero
que lo observa y me lo dice.
CONDE. Perdóneme mi difunta
lo que el alma premedita;
¿mas quién no ve en Margarita
una condesa presunta?
MARGARITA. Me honra mucho ese concepto;
¿pero presunta, y no mas?
CONDE. Efectiva lo serás
si aceptas mi mano.
(*Se la presenta.*)
MARGARITA. (*Tomándola.*) Acepto.

ESCENA XIV.

PAULA. EL CONDE. MARGARITA.

PAULA. (¿Qué veo!) ¿Has perdido el juicio?
¿Que es esto?

MARGARITA. ¡Estraña pregunta!
Era condesa presunta:
ya lo soy en egercicio.

PAULA. ¿Cómo!... Y no há mucho que yo...

CONDE. Permítame usted que esplique...

PAULA. ¡Por un despique...

MARGARITA. ¿Despique!

CONDE. No hay despique; un *quid pro quó*...

PAULA. No entiendo...

CONDE. Aquella esquelita,
hecha trizas en mal hora,
no era para usted, señora,
que era para Margarita.
Culpa del criado fue
que equivocó mi recado.

PAULA. ¡Válgate Dios por criado!

CONDE. Perdone usted...

PAULA. No hay de qué.

CONDE. No como á amante importuno;
míreme usted como á hermano...

MARGARITA. (*En voz baja á Paula.*)
¿Eh? No decia yo en vano:
de conde abajo, ninguno.

PAULA. Dios os haga bien casados.

CONDE. Mil gracias.—No habrá rencor
entre los dos...

PAULA. No, señor.

CONDE. Porque ya somos...

PAULA. ¡Cuñados!

CONDE. Pues cifro mi dicha toda
en que nos una Himeneo,
cuando vuelva don Tadeo
dispondremos nuestra boda,
y verás con qué delicia,

y con qué...

TOMÁS. (*A la puerta.*) ¡Señor! ¡Señoras!

MARGARITA. ¿Qué traes? ¿Por qué te azoras?

TOMÁS. ¡La justicia!

MARGARITA Y EL CONDE. ¡La justicia!

ESCENA XV.

PAULA. EL CONDE. MARGARITA. UN JUEZ. ALGUACILES.

JUEZ. Saludo...

PAULA. ¡En mi casa un juez!...

JUEZ. Yo siento mucho, señoras,
haber de causar á ustedes
un pesar, pero no hay forma
de escusarlo.

MARGARITA. (¿Qué será?)

JUEZ. (*Con una cortesía.*)
Creo que tengo la honra
de saludar al señor
conde de Alba-torres.

PAULA. (¡Hola!)

CONDE. (¡Cielos!)

MARGARITA. Con efecto...

CONDE. Pero...

JUEZ Pues si vuecencia se toma
la molestia de seguirme...

CONDE. ¿Adónde?

JUEZ. Orden perentoria
de su magestad señala
la carcel de la corona
para que sirva á vuecencia
de habitacion, y mi toga
me impone el deber...

CONDE. ¿Yo preso?
¿Por qué? (Me tiemblan las corbas.)

MARGARITA. ¿Qué motivo...

JUEZ. No es posible
revelarlo por ahora.

MARGARITA. Causa de estado quizá...

JUEZ. Quizá.

PAULA. (Esto pica en historia.)

CONDE. ¡Apenas llego á Madrid
me envian á una mazmorra!
JUEZ. ¿Mazmorra? No, que vuecencia
será tratado con toda
la atencion de que es muy digna
tan elevada persona.
CONDE. Gracias por tanto favor,
pero...
JUEZ. Iremos en carroza.
Ya la tengo prevenida...
CONDE. Aunque me lleve á mi costa...
JUEZ. Es claro...
CONDE. Lo estimo mucho;
pero la carcel no es cosa
muy de mi gusto.
JUEZ. Lo creo.
CONDE. No porque tengo zozobra
ninguna, que mi conciencia...
MARGARITA. Acaso alguna alevosa
calumnia...
CONDE. Es claro. ¿Y quién sabe
si el señor juez se equivoca...
JUEZ. No. la orden es positiva,
terminante. (*Sacando la orden.*)
Aqui se nombra...
Véalo vuecencia.

(*El Conde echa una ojeada al papel que le presenta el juez.*)

Al conde
de Alba-torres.
CONDE. Cierto. (¡Es droga!)
¿Pero acaso he dicho yo
que lo soy?...
JUEZ. ¿Cómo?...
PAULA. (¡Esta es otra!)
JUEZ. ¿Niega vuecencia...
CONDE. No niego; —
es decir... Pero suponga
usia... En Madrid hay carta
que asegura y corrobora
mi muerte... Esto es; la del conde.
Ello es que desde una loma

el coche de su escelencia...
Esto es; el mio; en mal hora
desbocado... Esto es; las mulas...

JUEZ. No entiendo esa gerigonza.

CONDE. Quiero decir que es muy fácil
que el asunto se componga.
Ya me han llorado difunto...
Digo; al conde que está en gloria.—
Supongamos que, en efecto,
descanso bajo una losa...
¡Pues!—Y si hay que hacer algun
donativo á la parroquia...

JUEZ. ¡Eh! basta ya, señor conde.
Yo no suscribo á tramoyas
semejantes.

MARGARITA. ¿No ve usia
que todo es pura chacota?
El conde es quien es y nunca
lo desmentirán sus obras.
Si envidiosos le denigran,
luego que sea notoria
su inocencia, confundidos
quedarán; y si le agobia
el peso de la impostura,
de la iniquidad, ¿qué importa?
A la par de su infortunio
crecerá mi amor.

CONDE. ¡Oh heróica
madrileña!

JUEZ. Y en resúmen,
¿á qué gastamos la pólvora
en salvas? Conde ó no conde,
reo ó no reo, es forzosa
su prision. Luego veremos
lo que los autos arrojan...

CONDE. ¡No mas! Súbdito obediente
de su magestad católica,
preso me doy. Si un instante
he vacilado, conozca
usia que ha sido efecto
del amor que me devora.
¡Si, magistrado! Los ojos

de esa niña me aprisionan
con cadenas mas tenaces
que las que usia me forja,...
si bien mas dulces. Y ¡qué!
¿no es fatalidad, no es broma
harto pesada arrancarme
de los brazos de mi novia
para encarcelarme? Pero,
pues ella misma me exhorta,
pues ella muestra tener
el alma de una amazona,
no se dirá que la mia
se amilana y se acongoja.
Vamos.—¡Adios, dueño mio!

MARGARITA. ¡Adios, don Diego!

CONDE. ¿Me otorgas
un abrazo, á buena cuenta,
ya que nuestra dulce boda
se retarda...

MARGARITA. Amor lo manda.

CONDE. (*Abrazándola.*)
¡Gracias al amor! (*A Paula.*)
Señora...

PAULA. Dios le saque á usted con bien
de la carcel.

CONDE. (¡Dios te oiga!)
Guíeme usia.—A mi primo,
que venga á verme.—Memorias
á don Tadeo.—¡Por Dios,
no llores, que me destrozas
el corazon... ¡Otro abrazo!

MARGARITA. ¡Adios!

JUEZ. ¡Basta...

CONDE. ¡Adios, esposa!

ESCENA XVI.

PAULA. MARGARITA.

PAULA. Ve aqui justificada,
oh hermana, mi invencible antipatia
á los señores de alta gerarquia.

MARG. ¿Por qué? ¿Porque le prenden?
PAULA. ¡Ahi es nada!
¿Tanto el amor te ciega,
ó tanto la ambicion que en él se esconde,
que á persuadirte llega
que es inocente tu adorado conde?
MARG. El corazon me dice
que mas que criminal es infelice.—
Ni temo que tan alto personaje
que desciende sin duda de algun Inca,
á vulgares delitos se rebaje
si permiten los cielos que delinca.
Tal vez porque á la mengua
no se ha humillado de vender su lengua
á la lisonja infame,
la envidia de serviles cortesanos
sobre él su inmundo tósigo derrame;
mas triunfará algun dia; y los villanos...
PAULA. De asesino ó ladron yo no le acuso
como puedo acusarle de grotesco,
que hablo á una hermana y la verdad no escuso;
pero quizá del príncipe tudesco
parcial oculto...
MARG. Y ¡bien! aunque lo fuera...
PAULA. Al legítimo rey traidor seria.
MARG. ¡Qué necio error! Para hombres de su esfera
no se inventó la voz de felonia,
que ennoblecen la causa que proclaman,
y las que para el vulgo son traiciones
rasgos de alta política se llaman
si las cometen ínclitos varones.
PAULA. Pero ello es que está preso
y son tristes auspicios de una boda
las fojas de un proceso;
y aunque su noble sangre visogoda
descienda de Ataulfo en derechura,
bien pudieran ahorcarle, y es locura...
MARG. Ya estoy resuelta. Seguiré su suerte.
Suya he jurado ser hasta la muerte.
PAULA. Allá te las avengas;
mas ¿quién te corre, dí, para que tengas
tanta impaciencia por hacer alarde...

MARG. Para gozar el título á que aspiro
por muy pronto que sea será tarde.

PAULA. ¡Es posible! Me admiro...

MARG. No fuera yo en conciencia
digna de encapillarme la escelencia
si por una bicoca...

PAULA. Fuerza será dejarte, que estás loca..

MARG. Al menos mi locura es de alto bordo,
y pues no hay peor sordo
que el que no quiere oir, déjame y calla.
Yo no me quiero unir con la canalla.
O condesa he de ser...

PAULA. ¡Ah Margarita!

MARG. O monja carmelita.

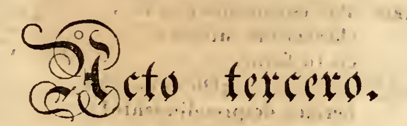
PAULA. Adios... Mas tú verás cómo te pesa...

MARG. ¡Nunca!

PAULA. (*Entrando en el cuarto de la izquierda.*)
¡Infeliz serás!

MARG. (*Dirigiéndose á la puerta del foro.*)
¡Seré condesa!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

MARGARITA. D. ALVARO. EL CONDE.

MARGARITA. Gracias, don Alvaro, gracias...
D. ALVARO. No hago mas de lo que debo
en salir por fiador
de mi primo. Oyó mis ruegos
el bondadoso Felipe
y mientras sigue el proceso
consiente que por ahora
se mantenga aqui en arresto.
CONDE. (*Abrazándole.*)
Alvaro, vuelve á mis brazos.
Grabado para *in æternum*
ese rasgo filantrópico
en mi agradecido y tierno
corazon...
D. ALVARO. ¡Eh! nada tienes
que agradecerme. Yo creo
que hubieras hecho lo mismo
en mi lugar.
CONDE. Sí, por cierto;
pero es tanto mas plausible
la fineza que me has hecho,
cuanto que ya no hay hermano
para hermano, y mucho menos
primo para primo.
D. ALVARO. ¡Eh! Deja...

CONDE. Y si examino y observo
que el que me da la fianza
es mi presunto heredero...

D. ALVARO. Por eso mismo con mas
eficacia me intereso
en tu favor.

CONDE. ¡Oh admirable,
heróico desprendimiento!

D. ALVARO. Ahora verás cuán injustas,
primo, tus sospechas fueron
creyendo que me pesaba
de que no te hubieses muerto.

CONDE. ¡Hombre, no! ¡Si fue una broma...

D. ALVARO. Antes cada vez me alegro
mas y mas de no heredarte.

CONDE. ¿Si? Pero ¿por qué...

D. ALVARO. Yo tengo
mis razones.

CONDE. ¿No te sientes
con vocacion, con apego
á las grandezas humanas,
y filósofo...

D. ALVARO. No es eso
precisamente...

CONDE. Pues bien;
tranquilízate. Prometo
escusarte el sinsabor
de heredarme. Estoy resuelto
á reincidir... Esto es,
á incorporarme en el gremio
de los... En fin, á casarme
segunda vez.

D. ALVARO. Lo celebro.

CONDE. He aqui la agraciada.

MARGARITA. ¡Cómo!

CONDE. Me referia al gracejo
de tu cara. Bien sé yo
que el favorecido en esto
es el novio.

D. ALVARO. Algo me han dicho,
pero yo no daba crédito...
Sea muy enhorabuena.

CONDE. Y con el favor del cielo
y el amor de Margarita
pronto un vástago directo...

MARGARITA. ¡Eh!... Vaya; no me avergüences...

D. ALVARO. Pues yo tambien he dispuesto
casarme.

CONDE. ¡Oiga! ¿Tú? ¿Con quién?

MARGARITA. Con Paula.

CONDE. ¿Cuándo?

D. ALVARO. Al momento.

CONDE. ¿Dónde?

D. ALVARO. Aqui. Ya fué á buscar
al vicario don Tadeo.
Yo voy á hacer mientras viene
otras diligencias...

CONDE. ¡Bueno! (*A Margarita.*)
¿Pero hemos de permitir,
mi bien, que se casen ellos
antes que nosotros? No.
Quiero que se hagan á un tiempo
las dos bodas. Justamente
tengo alli los documentos
necesarios...

(*Dirígese á la puerta de la derecha, que tiene un sello en la cerradura.*)

MARGARITA. (¡Voy á ser
condesa!)

CONDE. Pero ¿qué veo?

MARGARITA. ¡Ah! me olvidé de decirlo.
La justicia ha puesto un sello
y se ha llevado la llave
para hacer despues...

CONDE. Entiendo.
Un registro escrupuloso
de mis papeles y efectos.—
No importa. El juez va á venir
y todo lo arreglaremos.—
Manda un aviso al notario...

MARGARITA. Si.

CONDE. Que estienda desde luego
los contratos.

MARGARITA. (¡Oh ventura!)

CONDE. ¿A ver? Papel y tintero...

MARGARITA. (*Mostrándole una mesa donde habrá lo necesario para escribir.*)
Aqui hay de todo...

CONDE. Muy bien
(*Se sienta y escribe.*)

D. ALVARO. La quiere á usted con estremo
mi primo, pues se apresura
á pesar de hallarse preso
á celebrar...

MARGARITA. Ya ve usted
que yo tampoco me arredro...
Vamos; ¡estaba de Dios!

CONDE. (*Levantándose y dando á Margarita el papel que ha escrito.*)
Ahi va mi nombre: don Diego...
et cætera, mis dictados;
edad, treinta años y medio;—
y los nombres de mis padres,
lugar de su nacimiento
y demas... Arras y dote
se estipularán en pliego
separado...

MARGARITA. Sí.

CONDE. Testigos...

MARGARITA. De eso yo me encargo.

CONDE. Acepto.—
Por lo que hace á ti...

MARGARITA. Es corriente.

CONDE. Padrino... ¿Quién... Don Tadeo...

D. ALVARO. Yo lo seré.

CONDE. Mejor. Anda...

MARGARITA. Vuelo... ¡Adios!

CONDE. ¡Adios, mi dueño!

ESCENA II.

D. ALVARO. CONDE.

D. ALVARO. ¡Tal prisa, tal atropello
por casarte, y en tal dia!

CONDE. ¡Eh! ¿qué hombre se casaria

si pensara mucho en ello?
D. ALVARO. Yo me iria con mas pausa...
CONDE. ¡Si me encanta esa muger!
D. ALVARO. Al menos hasta saber
qué resulta de tu causa.
CONDE. No tengo tanta paciencia;
mucho mas cuando me doy
por absuelto, porque estoy
seguro de mi inocencia.
D. ALVARO. ¿Cierto?
CONDE. Sí; mil veces sí,
y con dudarlo me afrentas.
No hay miedo que te arrepientas
de haber salido por mí.
Calumnias de algun bellaco...
D. ALVARO. Te acusan...
CONDE. Sí; de infidencia;
lo sé; de correspondencia
con el ejército austriaco.
Ya el motivo me es notorio:
de las preguntas del juez
lo infiero. ¡Estraña sandez
y estraño interrogatorio!
¿Yo andar en tejes manejes...
¡Por vida de San Facundo!
¿Venir yo del otro mundo
á compadrar con herejes!
¿No estaria yo borracho...
Mas rico que el Potosí,
¿qué me pueden dar á mí
ni el tudesco ni el gabacho?
D. ALVARO. Forja mas de una quimera
la ambicion...
CONDE. Pero ¡cristiano!
¿Yo ambicion... ¡y doy mi mano
á la hija de un cualquiera!
D. ALVARO. Yo te confieso que...
CONDE. Dílo.
D. ALVARO. Que me tenias en brasas;
pero en fin; cuando te casas...
CONDE. Ahi verás si estoy tranquilo.



ESCENA III.

D. ALVARO. EL CONDE. D. PLACIDO.

D. PLACIDO. (*A la puerta.*)
Señor conde...
CONDE. A fé de Diego...
D. ALVARO. El escribano te llama...
CONDE. (*A don Plácido.*)
Voy.... (*A don Alvaro.*)
Juro que es una trama...
D. ALVARO. Lo creo. Adios.
CONDE. Hasta luego.

ESCENA IV.

CONDE. D. PLACIDO.

CONDE. ¿Qué hay, don Plácido?
D. PLACIDO. Parece
que nadie nos oye, ni...
CONDE. Nadie.
D. PLACIDO. Me intereso mucho
por el éxito feliz...
CONDE. Muchas gracias.
D. PLACIDO. Aunque soy
de la curia, late aqui
un corazon compasivo...
CONDE. Ya... (¡Prodigio escribanil!)
D. PLACIDO. Plácido Ruiz de Galarza
tendrá un placer en servir
á vuecencia. Simpatias
que uno no puede...
CONDE. Y, en fin,
¿qué asunto...
D. PLACIDO. Aunque es evidente
que algun enemigo vil
ha calumniado á vuecencia,
siempre es bueno prevenir
cualquier accidente...

CONDE. ¿Cuál?

D. PLACIDO. Sellado está el camarin
donde se hallan los papeles
de vuecencia; va á venir
el juez á reconocerlos
y á entregarse de ellos.

CONDE. Sí.

D. PLACIDO. Peró antes que venga el juez
se puede muy bien abrir
la puerta, y aunque se rompa
el sello, como yo fui
quien le puso..., ya se sabe...
que el que hace un cesto hará mil.
Con que si vuecencia tiene
algo que estraer de allí...

CONDE. ¡Yo!...

D. PLACIDO. No digo que á sabiendas...
Pero... una venganza ruin...
Pudiera ser... Costará
algunos maravedís
este acto de complacencia,
de amistad... No para mí;
pero ha sido necesario
que cegase el alguacil
de vista...

CONDE. Señor Galarza,
aunque ese hombre baladí
tuviera mas ojos que Argos
no me importara un tarin;
que, ya se lo dije al juez
y lo vuelvo á repetir;
ni conspiro contra el príncipe
que nos vino de Paris,
ni conozco á Estaremberg;
ni he saludado á Berwik;
ni yo tengo arte ni parte
en la discordia civil;
ni hay papeles en mi cofre,
(al menos lo creo así;)
que puedan comprometerme;
con que, es escusado ardid
el que me propone usted.—

Mas como puede ocurrir
que, á pesar de mi inocencia,
se me enrede en algun *quid*
pro quo... Porque, al fin y al cabo,
inocente es la perdiz,
y espuesta á lazos ocultos
tiene la vida en un tris,
no es malo que sea usted
mi amigo, y voto á San Gil
(*Apretándole la mano.*)
que no servirá á un ingrato
el buen don Plácido Ruiz.

D. PLACIDO. ¡Tanto honor... Tendrá vuecencia
en mí un siervo, un comodin,
un...

UN ALGUACIL. (*A la puerta del foro.*)
Su señoria viene.

D. PLACIDO. Salgámosle á recibir.

ESCENA V.

EL CONDE. EL JUEZ. D. PLACIDO.

JUEZ. Beso á vuecencia la mano.

CONDE. Y yo beso la de usia.

JUEZ. Vengo...

CONDE. Ya; me lo decia
ahora mismo el escribano.

JUEZ. La ley de que soy ministro
me obliga...

CONDE. Sí; estoy en ello.

JUEZ. (*Al escribano.*)
Ya puede usted...

D. PLACIDO. Quito el sello
y abro. (*Lo ejecuta*)

JUEZ. Vamos al registro.

CONDE. No se hallarán documentos
que prueben ningun delito,
mas de algunos necesito...

JUEZ. ¿Si?

CONDE. Para pocos momentos.

Se devolverán hoy mismo.
JUEZ. Pero ¿cuáles son...
CONDE. Aludo
á mi informacion de viudo...
JUEZ. Bien...
CONDE. Y á mi fé de bautismo,
porque voy á dar un paso
que me eleva al Paraiso,
y para el caso es preciso...
JUEZ. ¿Y es el caso?...
CONDE. Que me caso.
JUEZ. No habrá en eso inconveniente
siendo tan grave el motivo.
Dará vuecencia recibo
y se unirá al espediente.
CONDE. Bien.
JUEZ. Ahora, en nombre de Dios,
entremos á ese aposento...
CONDE. (*Cediendo el paso al juez.*)
Pase usía...
JUEZ. ¡Oh! no consiento...
CONDE. (*Tomándole el brazo.*)
Entremos juntos los dos.

(*Al entrar el conde, el juez y don Plácido en la habitacion de la derecha, llega Margarita por el foro.*)

ESCENA VI.

MARGARITA.

¡Conde... No está por aqui...
Pero afuera hay alguaciles...
¡Ah! ya han abierto su cuarto...
Puede que ahora registren...
(*Mirando por la puerta que quedó á medio cerrar.*)
Con efecto, alli está el juez
y el escribano le asiste.—
Abren baul y maleta.—
Revuelven todos los chismes...
¡Desacato!... Pero el conde
no se altera; se sonrie...
Prueba de que tiene el alma

exenta de todo crimen.—
Ahora sacan una arquita
de caoba con perfiles
de nacar.—La abre.—¡Papeles!
Buscan con ojos de lince
el imaginario cuerpo
del delito.—Hablan...—Escriben...
¡Y don Diego imperturbable!
Pero hácia aqui se dirige...

ESCENA VII.

MARGARITA. EL CONDE.

CONDE. (*Con papeles en la mano.*)
¡Oh Margarita preciosa!
MARGARITA. Venia á buscarte...
CONDE. (*Besando la mano á Margarita.*)
¡Ah! dime:
¿cómo estamos de esponsales?
¿Has hecho lo que te dije?
MARGARITA. Sí; ya ha venido el notario,
y pronto habrán de seguirle
el vicario, los testigos...
CONDE. ¡Oh dia entre los felices
de mi vida el mas feliz!
Pero el júez que me persigue
no me deja ver ahora
al notario. Corre y dile
que aqui tiene los papeles
necesarios...
MARGARITA. (*Tomándolos.*) Voy...
CONDE. Que active...
MARGARITA. Descuida.
CONDE. Espero que pronto
me despachen esos tigres,
y yo volaré en las alas
del amor que me derrite
á declarar con mi firma
que eres mi bien; mi sublime,
mi único bien, y mi gozo,
y mi gloria, y mi busilis.

MARGARITA. ¡Ah! tambien mi corazon
tierno, estático, sensible...
Pero no estaré contenta
hasta que te vea libre.

CONDE. Libre me verás, y pronto,
á despecho de mis viles
detractores. Entre tanto,
no amargarán los belitres
el dulce pan de la boda.—
Tú dispondrás el convite
suntuoso, opíparo.—Ya
presumo que oigo los brindis,
la algazara del festin,
los epigramas, los chistes
picantes, los maliciosos
cuchicheos de los títeres
que envidiarán nuestra dicha.
Serán de ver los melindres
de la novia vergonzosa,
que allá en sus adentros rie,
y pone la cara séria
para que alguien no malicie
que se da por entendida
de las pullas que la dicen.
Y yo sacando el reloj
cada veinte, cada quince
minutos... ¡ay! anhelando
la hora de que desfilen
los convidados... ¡Huy!...

MARGARITA. ¡Vaya!...
no seas tan... No me obligues
á enfadarme...

CONDE. ¡Margarita!
(*Tocándola suavemente en el brazo, y volviendo un poco la cabeza.*)
Vete, que estás insufrible
de puro hermosa... ¡Yo quiero
ser inocente!—¡No mires!
¡No me mires! ¡Vete!

MARGARITA. ¡Adios!

CONDE. ¡Ve con Dios y con la Virgen!

ESCENA VIII.

EL CONDE. EL JUEZ. DON PLACIDO.

(*Don Plácido trae bajo el brazo la arquita de que se habló en la escena VI.*)

JUEZ. El inventario está hecho.
Véale vuecencia y firme.
CONDE. (*Tomando un papel que le da el juez.*)
Bien estará.
(*Leyendo.*)
»Dos legajos
con los títulos y timbres
de la casa de Alba-Torres...
Un cuaderno que describe
la forma, altura y productos
del pico de Tenerife...
Un papel suelto; su título:
Cuenta de los gastos que hice...»
No nos cansemos. Ya usia
ha debido apercibirse
de que todos los papeles
con mi sello se distinguen.
JUEZ. Es cierto.
CONDE. Y, por consecuencia,
si algun otro se me exhibe
falto de ese requisito,
no le doy ni en una tilde
por mio.
JUEZ. Claro. Es forzoso
que despacio se examinen
los papeles, y para eso
me los llevo, mas descuide
vuecencia, que exactamente
y á la brevedad posible
se devolverán.
CONDE. No dudo...
JUEZ. Y si entre ellos nada existe,
como creo, que al buen nombre

de vuecencia perjudique,
espero tener el gusto
de verle muy pronto libre.

CONDE. Así será.

JUEZ. Guarde Dios
á vuecencia.

CONDE. Y no se olvide
de usia.

D. PLÁCIDO. (*En voz baja apretando la mano al conde, despues que ha salido el juez.*)
¡Lo dicho... y autos!

CONDE. ¡Adios, escribano insigne!

ESCENA IX.

EL CONDE.

Nada temo. Esto va bien.—
Voy á ver á Margarita...

ESCENA X.

EL CONDE. TOMAS.

TOMAS. Un sugeto solicita
hablar con vuecencia...

CONDE. ¿Quién?

TOMAS. No conozco su semblante.

CONDE. Visita de cumplimiento
tal vez.., y en este momento...
Vaya; que pase adelante.

ESCENA XI.

EL CONDE.

Es droga que uno no pueda
ni aun celebrar su himeneo...

ESCENA XII.

EL CONDE. D. CLAUDIO.

D. CLAUDIO. Tengo mucho honor... (¿Qué veo!)
CONDE. (¡Cielos, don Clandio Cepeda!)
D. CLAUDIO. Me han dicho... Entraba...
CONDE. (¡Funesto encuentro!)
D. CLAUDIO. En la inteligencia de ver aqui á su escelencia.
CONDE. ¿Su escelencia?... Vendrá presto. (¿Quién me saca de este apuro?)
D. CLAUDIO. Con que; ¿usted...
CONDE. (Por mas que pienso...) Si; yo...
D. CLAUDIO. A manera de censo...
CONDE. Cierto: si...
D. CLAUDIO. Tambien...
CONDE. Seguro...
D. CLAUDIO. (¡Qué turbado me responde!)
CONDE. (¡Mal mi zozobra reprimo!) Puede usted volver... (*Mirando por el foro.*) (¡El Primo! Bien!) Ya llega...

ESCENA XII.

EL CONDE. D. ALVARO D. CLAUDIO.

CONDE. Señor conde.
D. ALVARO. ¿Cómo!...
D. CLAUDIO. Salud muy cumplida deseo á vuecencia...
D. ALVARO. ¿A mí... ¿Dónde...
CONDE. (*A don Alvaro al oído.*) ¡Por Dios, di que eres tú el conde!
D. ALVARO. ¡Yo!...
CONDE. (*Como antes.*) ¡Me va en ello la vida!

D. CLAUDIO. (¡Estraño misterio...! ¡Cómo
me reciben!..)

D. ALVARO. (*Aparte con el conde.*)
Mas ¿por qué...
(*Rápidamente.*)

CONDE. Luego te lo esplicaré.—
Di que soy tu mayordomo.—
Echale pronto de aqui.—
A mí me tiene por muerto.

D. CLAUDIO. ¿Es ó no vuecencia...

D. ALVARO. ....Cierto.

D. CLAUDIO. ¿Conde de Alba-Torres?

D. ALVARO. ... Si.

CONDE. Vuecencia no se atosigue,
que es amigo...
(*A don Claudio.*)
Y usted de eso
no se maraville. Un preso...
El gobierno le persigue.

D. CLAUDIO. ¿Qué escucho! En efecto he visto
alguaciles...

CONDE. Sí; una hedionda
calumnia.

D. ALVARO. (*Aparte con el conde.*)
¿Qué trapisonda
es esta? Habla, ó ¡vive Cristo...

CONDE. Hablaré; no temas... Luego...

D. ALVARO. (*A don Claudio.*)
Pero; en fin, ¿qué novedad...
¿Qué objeto...

D. CLAUDIO. Tuve amistad
con el difunto don Diego.

D. ALVARO. (*Aparte con el conde.*)
¿Difunto?...

CONDE. ¿No te lo dije?

D. CLAUDIO. (¡Tanto cuchicheo aqui!...)

CONDE. (*Aparte á D. Alvaro.*)
Le dirian lo que á tí,
y reza por mí, y se aflige.

D. CLAUDIO. Me dió en Cádiz un dinero,
y pues ya no vive él pobre
señor, justo es que lo cobre

el legítimo heredero.
(*Sacando dinero.*)
Diez onzas... Aqui las traigo.

CONDE. (*Aparte á don Alvaro.*)
Tómalas, que mias son.

D. ALVARO. (*En alta voz.*)
¿Yo? ¡Jamas!

CONDE. Tiene razon.
¡Dinero á un hombre de arraigo!

D. CLAUDIO. Mas siendo suyo, ¿á qué asunto....

CONDE. No nos venga usted con prisas...

D. CLAUDIO. Pero...

CONDE. Y gástelas en misas
por el alma del difunto.

D. CLAUDIO. No. Yo se las doy al vivo;
yo...

CONDE. (¡Mal haya tu pellejo!)

D. ALVARO. ¡Oh! Ya he dicho...

D. CLAUDIO. (*Poniendo el dinero sobre la mesa.*)
Aqui las dejo.
Si el conde me da un recibo...

D. ALVARO. ¡Dale! Usted porfia en vano,
que á mí no me corresponde...

ESCENA XIV.

D. ALVARO. EL CONDE. D. CLAUIO. EL ALGUACIL.

ALGUACIL. Esta carta al señor conde
de parte del escribano.

CONDE. (*Tomándola.*) Venga.
(*A una seña del conde, se retira el alguacil.*)

ESCENA XV.

DON ÁLVARO. EL CONDE. D. CLAUDIO.

CONDE. (*Dando la carta á don Alcaro.*)
Para que se esparza
vuecelenciai, tenga á bien
leer lo que dice el buen
don Plácido Ruiz Galarza.

D. ALVARO. (*En voz baja rompiendo el sobre.*)
La leeremos los dos.

CONDE. (*En alta voz.*)
Vuecencia me honra... Leamos...
(*A don Claudio*)
¡Es el amo de los amos!
(¿Qué será esto santo Dios?)

D. CLAUDIO. ¿Y el recibo? Aqui le escribo. .
(*Se sienta y escribe.*)

D. ALVARO. ¡Qué moler... Si...

D. CLAUDIO. Caballero,
ni me voy con el dinero,
ni me voy sin el recibo.

CONDE. (¡Nada! Ni á tiros se aparta.)

D. ALVARO. (*Separándose á un lado con el conde.*)
¡Qué pesado está el buen hombre!

CONDE. ¡Eh! déjale estar y en nombre
de Dios leamos la carta.

D. ALVARO. (*Lee.*) » Señor esccelentísimo: tengo que dar á vuecencia una noticia infausta.— Vuecencia cometió el error de tener menos confianza en mí que en su fatal arquita.—Es el caso que, registrándola con mas escrupulosidad, se ha encontrado en ella un resorte por cuyo medio se ha descubierto un cajoncito secreto y dentro de él una carta que prueba el delito de traicion de que vuecencia es acusado; y para mayor desgracia, no le puede desmentir vuecencia, porque tambien está marcado con su sello. Sírvale á vuecencia de gobierno, y si todavía puedo hacer algo en su obsequio, que lo dudo mucho, mande á su atento servidor. —El Consabido.—

CONDE. (¡Ay Dios mio!... ¡Ay virgen santa!...)

D. ALVARO. ¿Qué es esto, primo; qué es esto?

CONDE. Esto es que... (¡Malo me he puesto!
¡Tiró el diablo de la manta!)

D. ALVARO. Con que, ¿es cierta la traicion
de que te acusan...

CONDE. No... y si...,
porque yo... ¡triste de mi!

D. ALVARO. Tu tiemblas. Tu agitacion...

CONDE. (*En ademan de querer huir.*)
(Si yo pudiera... ¡Ah! ¿Por dónde...)

Yo... A mí... (¡Fatal accidente!)
Si; el conde fue delincuente...
¡Pero yo no soy el conde!
(*Don Claudio se levanta y se acerca.*)

D. ALVARO. ¿Negarás...

CONDE. Si otra me queda,
¡que se abra á mis pies un hoyo...
(*En alta voz.*)
¡Ah! venga usted en mi apoyo,
señor don Claudio Cepeda.
(*Se echa á los pies de don Alvaro.*)
¡Conde y señor!...

D. ALVARO. ¿Tú te humillas
á mis pies!

CONDE. Sí. (¡Qué sudores!)
Sí señor, los pecadores
deben hablar de rodillas.
¡Estaba de Dios!... Su mano
va dando al condado un sesgo...
que... Entre un riesgo y otro riesgo...
elijo cantar de plano.
Murió el conde.—Yo soy franco...

D. CLAUDIO. ¿Quién lo duda? Y yo testigo.
El conde volcó conmigo
desde la cuesta al barranco.

D. ALVARO. ¿Será cierto!...

CONDE. Los vi júntos,
á la luz de una linterna,
sin mover brazo ni pierna,
y los tuve por difuntos.

D. CLAUDIO. Yo no morí; sin embargo.

CONDE. Ya, ya lo veo... (¡en mal hora!)

D. CLAUDIO. Con el frio de la aurora
me recobré del letargo.
Acuden á socorrerme;
logra curarme el doctor...
¡Pero aquel pobre señor
en eterna noche duerme!

CONDE. (¡Este maldito es de bronce!)

D. CLAUDIO. Y es con efecto heredero
del conde este caballero
si es....

D. ALVARO. Soy don Alvaro Ponce.
D. CLAUDIO. A quien rendido consagro
mis respetos...
D. ALVARO. (*Al conde.*) ¡Y dijiste...
CONDE. Yo fingí un milagro ¡ay triste!
mas para otro fue el milagro.
D. ALVARO. ¿Y quién eres tú?
D. CLAUDIO. Es, por junto,
Ambrosio Perez...
AMBROSIO. No hay duda.
Ambrosio Perez...
D. CLAUDIO. Ayuda
de cámara del difunto.
AMBROSIO. Sí, señor; mas ya comienza
mi espiacion, mi...
D. ALVARO. ¡Levanta,
miserable! Con que, ¿tanta
ha sido tu desvergüenza...
AMBROSIO. Señor, cogí de un cabello
á la fortuna... Capricho...
Tentacion...
D. ALVARO. ¡Levanta, he dicho!
AMBROSIO. ¡Perdon!...
D. ALVARO. ¡Levanta, ó te estrello!
(*Ambrosio se levanta.*)
Dime ahora de qué modo...
AMBROSIO. Vuecencia puede inferir...
D. ALVARO. ¡Oh!... todo lo has de decir.
AMBROSIO. Sí señor: lo diré todo.
Yo señor, en aquel viaje,
á retaguardia del amo
por quien lágrimas derramo,
conducia su equipage.
Despues del porrazo fiero
llego y le encuentro difunto...
y otro cadáver adjunto...
que era el de este caballero.
Mal consejero Satan
me dijo entonces con maña:
"nadie conoce en España
á un conde de Yucatan.
Largo tiempo le serviste;

cuanto importa sabes bien...
¡Ea, pecho al agua! ¿Quién
á tal ocasion resiste?
Sus títulos, sus diplomas
puedes llevar á la corte
y te armas de pasaporte
con la cartera que tomas.
Sabes imitar su letra,
porque eres buen pendolista.
¿Quién te seguirá la pista?
¿Quién tu secreto penetra?»
¡Ay! yo ignoraba el del arca.
Yo ignoraba que don Diego
conspiraba iluso y ciego
contra mi amado monarca.
No tenia su escelencia
todo lo de Salomon,
y la tal conspiracion
lo prueba hasta la evidencia.
Tampoco de gran magin
presumo yo, á la verdad;
pero allá, en mi mocedad
cursé un poco de latin;
suficiente educacion
para el que á un conde suplanta,
que no suelen tener tanta
muchos condes que lo son.
En fin, la tramoya entablo
como el diablo me lo ordena.
¡No puede hacer cosa buena
quién se aconseja del diablo!
Ajusta mi diligencia
otro carruage, y ¡cis! ¡zas!...
llego á Madrid... Lo demas
ya lo sabe vuecelencia.
Solo me resta pedirle
el perdon de mi atentado
devolviéndole el condado...
¡que ya es para mi aguachirle!
¡Perdon de un mal pensamiento,
que no supo lo que hizo
este pariente postizo,

este conde fraudulento,
este pobre mentecato,
cuya boca ruin, vulgar
¡ni aun es digna de besar
el polvo de este zapato!

D. ALVARO. (¿Con que, soy conde otra vez!
¡Y Paula...)

AMBROSIO. ¡Por san Fulgencio,
por san...
(*Asoma por el foro don Tadeo.*)

D. ALVARO. (¡El tutor!) ¡Silencio!
Sella ese labio soez.

ESCENA XVI.

D. ALVARO. AMBROSIO. D. CLAUDIO. D. TADEO.

D. TADEO. ¿Qué hacen ustedes, señores?
Los testigos estan prontos,
y el notario y las muchachas...
Solo se espera á los novios.

AMBROSIO. Vamos allá...

D. ALVARO. (*Deteniéndole y hablándole en voz baja.*)
¡Quieto aqui!
(*A don Tadeo.*)
Ya voy... Que esperen un poco.
Tengo antes que despachar
un importante negocio.—
Por lo que hace á Margarita,
preciso es que su consorcio
se suspenda...

AMBROSIO. ¡No...

D. ALVARO. (*En voz baja.*) ¡Silencio!...

D. TADEO. ¿Que se suspenda? Pues ¿cómo!...

D. ALVARO. (*En voz baja á don Tadeo.*)
Su causa va presentando
mal aspecto.

D. TADEO. ¡San Antonio!
Pues...

D. ALVARO. Lea usted esta carta.
(*Dándole la del escribano.*)

D. TADEO. ¿Alli, delante de todos?

D. ALVARO. No. Basta que Margarita

sepa el contenido.

D. TADEO. Absorto
me deja usted...

D. ALVARO. ¡Luego, luego...
Los momentos son precisos.

D. TADEO. Voy corriendo. Hasta despues.
¡Jesus, Jesus qué demonio!...

ESCENA XVII.

D. ALVARO. AMBROSIO. D. CLAUDIO.

AMBROSIO. Pero... si ella y yo...

D. ALVARO. (*Firmando el recibo que estendió don Claudio.*) ¡Silencio!

AMBROSIO. Seré mudo; seré sordo.

D. ALVARO. (*Dando el recibo á don Claudio.*)
Tome usted ya que se obstina...
Mas no puedo hácer notorios
todavia mis derechos
á la herencia. Poderosos
motivos...

D. CLAUDIO. Respeto mucho...

D. ALVARO. Pero de un momento á otro...
Mañana tal vez...

D. CLAUDIO. Corriente.
Yo á declarar me dispongo
la verdad á cualquier hora...

AMBROSIO. Yo tambien, á fe de Ambrosio...

D. ALVARO. Todo se andará.—¿Las señas
de usted...

D. CLAUDIO. Son: Calle del Lobo...

D. ALVARO. (*Escribiéndolas.*)
Bien.

D. CLAUDIO. Esquina á la del Prado...

D. ALVARO. Bien. ¿Qué número?

D. CLAUDIO. Diez y ocho.

D. ALVARO. Bien. Avisaré... quisiera
quedarme un momento solo
con este bribon...

D. CLAUDIO. Entiendo.

AMBROSIO. (¿Que va hacer de mí este prógimo,

Dios mio!)
D. CLAUDIO. Soy de vuecencia
servidor muy respetuoso...
D. ALVARO. ¡Eh! Nada de tratamientos...
(*Apretándole la mano.*)
Adios.
D. CLAUDIO. Adios. (¡Guapo mozo!)

ESCENA XVIII.

D. ALVARO. AMBROSIO.

D. ALVARO. ¿A ver? Ponme por escrito
la exacta declaracion
de todo...
AMBROSIO. Yo...
D. ALVARO. Con tu firma...,
la de Ambrosio Perez; no
la del conde.
AMBROSIO. Por supuesto;
la mia; pero, ¡señor
escelentísimo...
D. ALVARO. (*Llamándole á la mesa.*)
¡Vamos!
AMBROSIO. ¿No ve vuecencia que soy
hombre perdido si me...
si me espontanéo? (¡Atroz
conflicto!)
D. ALVARO. ¿Cómo, villano!...
¿Te resistes... ¡Voto á briós!...
AMBROSIO. No..., pero... ¡misericordia!...
D. ALVARO. Pues bien; en la cárcel...
AMBROSIO. ¡Voy,
voy volando!...
(*Va á la mesa, se sienta y escribe.*)
D. ALVARO. La verdad,
solo la verdad, bribon...
AMBROSIO. Sí, señor, sí; solo...
D. ALVARO. Y toda
la verdad.
(*Paseándose mientras escribe Ambrosio.*)
(¡Rueda veloz

de la fortuna, otra vez
has girado en mi favor!
Pero no te lo agradezco
si esto ha de dar ocasion
para que otra vez me robes
de mi Paulita el amor.—
Mas renunciar á la herencia
que el cielo me deparó
seria la mas solemne
bobada...)

AMBROSIO. (¡Temblando estoy!)

D. ALVARO. (No me tienta la codicia;
pero exige el pundonor...)

AMBROSIO. (Y aunque quisiera negar,
ya no puedo... Al diablo doy
el condado...)

D. ALVARO. (Esto ha de ser.)
(A Ambrosio.)
¿Acabas?

AMBROSIO. Falta un renglon.

D. ALVARO. (Aunque Paula se incomode...)

AMBROSIO. (Ya no veo mas el sol...
¡Y eso á buen librar!)
(Firmando.)
«Ambrosio
Perez.» (¡Virgen de la O!)
(Levantándose y dándole el papel.)
Ya está servido vuecencia.

D. ALVARO. Veamos. *(Lee para sí.)*

AMBROSIO. (Siento un sudor...)

D. ALVARO. Bien.

AMBROSIO. (Si á lo menos mi ex-primo
me mira con compasion...)

D. ALVARO. Bien.

AMBROSIO. (Él solo de los jueces
puede templar el rigor.)

D. ALVARO. *(Doblando el papel y dándoselo á Ambrosio.)*
Está bien. Una cubierta
ahora...

AMBROSIO. Aunque sean dos.
(Pone la cubierta.)

D. ALVARO. Y escribe en ella mi nombre.

AMBROSIO. Ya. (*Mientras escribe.*)
(¡Bien dijo la cancion:
«aprended flores de mí,
lo que va de ayer á hoy!)

D. ALVARO. (Por lo que pueda tronar
no es mala esta precaucion.)
(*Tomando el pliego ya cerrado.*)
Venga.

AMBROSIO. Y ahora... vuecelencia
¿qué manda á su servidor?

D. ALVARO. Que prosigas siendo conde
de Alba Torres, mientras yo
no mande otra cosa.

AMBROSIO. ¡Cielos!
¿Y el crímen de alta traicion?
¿Qué será de mi individuo
si no declaro quién soy?

D. ALVARO. Te sentenciarán á muerte.

AMBROSIO. ¡Válgame el Dios de Jacob!
¡Pues no, no quiero ser conde!
Cantaré...

D ALVARO. Baja la voz.
Si no eres conde serás
falsario infame y ladron.

AMBROSIO. ¡Ah! es verdad. ¿Y qué castigo
me espera?

D. ALVARO. Morirás.

AMBROSIO. ¡Oh!...

D. ALVARO. Ambrosio ó conde, no escapas
de muerte horrenda y precoz.

AMBROSIO. ¡Espantosa alternativa!

D. ALVARO. Pero el garrote es mejor
que la horca.

AMBROSIO. Allá se van;
y pues condenado estoy
á morir de todos modos;
dando mi cuello al sayon
quiero purgar mis pecados;
no los que otro cometió.

D. ALVARO. ¡Ambrosio!...

AMBROSIO. Ni es mi delito
tan enorme, tan feroz...

Quizá reduzca mi pena
el buen monarca español,
el buen Felipe, á diez años
de Ceuta con retencion.

D. ALVARO. Mas fácil es que le apiade
una persona de pró.
Para reos de alto bordo
siempre ha habido absolucion.
De tres siglos á esta parte
solo hay memoria de dos
que hayan muerto en un patíbulo:
Don Rodrigo Calderon
y don Alvaro de Luna.

AMBROSIO. ¿Y si el tercero... soy yo?

D. ALVARO. No te pido que conserves
el título que te doy
sino un dia..., acaso menos...

AMBROSIO. Pero...

D. ALVARO. Y, en resolucion;
si me complaces, seré
tu apoyo, tu intercesor;
si no, ¡ay infeliz! mañana
no te alcanzará el perdon
del rey...

AMBROSIO. ¿Por qué ¡Dios eterno!,
por qué?

D. ALVARO. Porque mueres hoy.

AMBROSIO. ¡Morir yo... ¿Cómo...

D. ALVARO. ¡A mis manos!—
Con que, lo dicho, ¡y adios!

ESCENA XIX.

AMBROSIO.

¡Bien! Si no callo me ahorcan,
y si callo me estrangulan.
Mas ¿qué hago con resistir
mientras me tenga en sus uñas?
Esponerme á una venganza
mas rápida y mas segura
que la de las leyes.—Pero

es singular la conducta
de ese hombre. ¿Por qué se empeña
en que yo pague las culpas
del primo? ¿No era mejor
dejarle en la sepultura,
que hacerle resucitar
para afrenta de su alcurnia?
¡Y en lugar de abalanzarse
al condado, lo rehusa!
¡Sobre que nunca se ha visto
ni volverá á verse nunca
heredero semejante!—
Pero una vez que me anuncia
su proteccion, nada arriesgo
en sostener la impostura
por un dia ó dos, que siempre,
si el horizonte se nubla,
tengo en mi mano el recurso
de declarar á la curia
quién soy.—Y entonces ¡ay triste!
quizá me aprieten la nuca
mas pronto. —¡Necio de mí!
¿Por qué no apelé á la fuga...
¿Por qué no me contenté
con la ropa y la pecunia
del muerto..., y hoy no me viera
por una ambicion estúpida
espuesto á ser del verdugo
racional cabalgadura,
¡ó la tercera edicion
de don Alvaro de Luna!

ESCENA XX.

AMBROSIO. D. ALVARO. PAULA.

D. ALVARO. ¡Oh primo!...
AMBROSIO. (¡Esto me faltaba!)
Yo...
PAULA. Señor conde...
AMBROSIO. (¡Otra pulla!)
Señora...

D. ALVARO. ¡Dame un abrazo!

AMBROSIO. (*Abrazándole.*)
Con mucho gusto... (¡El de Judas!)

D. ALVARO. Acabo de desposarme
con Paulita.

AMBROSIO. Tengo mucha
satisfaccion..., primo mio...

PAULA. Mil gracias.

AMBROSIO. Y... ¿mi futura?

PAULA. Usted sabrá á dónde fué.
Salió de casa como una
exhalacion, sin decir
el motivo, de resultas
de haber leido una carta
de usted...

AMBROSIO. ¿Mia...

D. ALVARO. (*En voz baja.*) ¡Disimula!

AMBROSIO. Efectivamente, yo...
Sí señora; una consulta...
No porque esté arrepentido
de entrar en segundas nupcias...
Pero hay cosas... Hay momentos...
(No sé qué decir.)

PAULA. (*Aparte con don Alvaro.*)
Se turba...
¿Qué será?

D. ALVARO. ...Nada.

PAULA. ¡Ay! es conde,
y al fin hará de las suyas.

D. ALVARO. ¡Eh, qué aprension... (¡Si supiera...!)

PAULA. ¿Pero qué proyecto ocupa
á mi hermana tanto tiempo
fuera de casa?

D. ALVARO. Te asustas
sin motivo. Fue con ella
don Tadeo...
(*Siguen hablando aparte.*)

AMBROSIO. (¡Ay Dios! Si el cura
me hubiese enlazado ya
con una moza tan chusca
y con los seis mil ducados
anuales de que disfruta...

¡pero todo lo he perdido...
incluso el honor!)

PAULA. Escucha...
Creo que sube...

D. ALVARO. Sí; es ella.
Ahora saldremos de dudas.

ESCENA XXI.

PAULA. D. ALVARO. AMBROSIO. MARGARITA. D. TADEO.

MARGARITA. (*Entra apresurada y con mucha agitacion.*)
¡Albricias!... Dadme una silla,
que no puedo...

(*Don Alvaro acerca una silla y se sienta Margarita.*)
¡El rey te indulta!

AMBROSIO. ¡Cielo!... Pero ¿á quién? ¿A Ambrosio,
ó... al conde...

MARGARITA. ¡Estraña pregunta!
A tí, al conde... ¿Quién es ese
Ambrosio...

AMBROSIO. Nadie. Tontunas...
El placer de la sorpresa
me aturde y me... ¡Amable, augusta
magestad!...

PAULA. (*Aparte con don Alvaro.*)
Pues ¿no decia
que blanco de vil calumnia...

D. ALVARO. Oigamos.

MARGARITA. Apenas leo
la carta, amor me estimula,
me inspira; tomo del brazo
á mi tutor; por ventura
estaba el coche á la puerta;
entramos; ¡firme á las mulas!—
¿Dónde?—Al alcázar.—Y llego
en hora tan oportuna,
que el rey bajaba; á sus pies
me arrojo; el llanto me inunda;
él con afable sonrisa
me hace levantar, procura
consolarme; le refiero

mis circunstancias, las tuyas...;
á fuer de novia le pido
entre sollozos y angustias
tu perdon, y bondadoso
estas palabras pronuncia:
«Perdono la vida al conde,
aunque por sentencia justa
debe morir; pero salga
al momento, sin escusa,
desterrado de mis reinos
para siempre.—Que se cumpla
pronto mi decreto, añade,
y escoltado le conduzcan
á la frontera.»—No sé
lo que entonces articula
agradecido mi labio,
porque el gozo me aturrulla...;
y torno al coche, y volando
(*Levantándose.*)
vuelvo, bien mio, en tu busca.

AMBROSIO. Y yo en tus brazos...

D. ALVARO. (*Adelantándose á recibir el abrazo que Ambrosio destinaba á Margarita.*)
¡Oh, ven
á los mios!

AMBROSIO. ¡Que me estrujas!

PAULA. (¿Con que, era reo de muerte!
¡Hum... Cuando á mi me repugnan
los titulos...)

MARGARITA. La sentencia
de destierro es algo dura;
peró estoy pronta á seguirle
á Inglaterra, á Holanda, á Rusia,
al fin del mundo.

AMBROSIO. ¡Oh muger
adorable y sin segunda!

PAULA. (*Aparte con Margarita, mientras hablan del mismo modo don Alvaro y Ambrosio.*)
¿Estás loca? ¡Tu seguirle!

MARGARITA. ¿Por qué no?

(*Siguen hablando aparte las dos hermanas.*)

D. ALVARO. Si no rehusas,

¡pobre de tí!

AMBROSIO. ¡Pero si ella
me adora, si su ternura...

D. ALVARO. Ella ama á un conde; no á tí.

D. TADEO. (Dos á dos hablan, disputan...
¿En qué vendrán á parar
estas misas?)

MARGARITA. (*A Paula.*) No me arguyas
con reflexiones plebeyas.
Es preciso que se cumpla
mi destino.

AMBROSIO. (*A don Alvaro.*) ¿Qué cristiano
desdeña á tal hermosura?,
y... ó soy conde ó no lo soy.

MARGARITA. (*En alta voz acercándose á Ambrosio.*)
Vamos, don Diego. ¿Qué dudas?
El notario nos espera.
La voluntad absoluta
del rey no admite demora...

AMBROSIO. Vamos, y en dulce coyunda...

D. ALVARO. ¡Deteneos! (Ya es forzoso
que el misterio se descubra.)

MARGARITA. ¡Qué! ¿Se opone usted...

D. ALVARO. Señora...

MARGARITA. ¿Con qué autoridad...

D. ALVARO. Ninguna
tengo sobre usted, pero antes
que se haga esa boda absurda,
sepa usted con quién se casa.

MARGARITA. ¿Cómo...

D. TADEO. ¿Qué...

AMBROSIO. (¡Me descoyunta!)

PAULA. ¿Qué oigo!

D. ALVARO. Del conde, mi primo,
fue cierta la desventura.

PAULA. ¡Cielos!...

D. ALVARO. ¡Murió! Tengo pruebas...
Ese miserable usurpa
su nombre.

MARGARITA. ¿Será posible!...

PAULA. ¿Luego eres tú... ¡Vírgen pura...,
soy condesa!

(*Se sienta consternada.*)

D. ALVARO. (*Acercándose.*) ¡Paula mia!

PAULA. (*Desviándole enojada y llorosa.*)
¡Aparta! (*Paula llora.*)

MARGARITA. (*A Ambrosio.*) ¡Y á tal injuria
callas! ¡Y no le confundes!

AMBROSIO. Yo... Si... Yo...

D. TADEO. ¡Qué baraunda!

MARGARITA. ¡Habla! Pero no; es en vano.
¡La turbacion te denuncia!

AMBROSIO. No soy conde...

MARGARITA. ¡Ah! Pues ¿quién eres?

D. ALVARO. Ambrosio Perez, ayuda
de cámara del difunto.

MARGARITA. (*Sentándose abatida.*)
¡Ah!

AMBROSIO. ¿Mas qué importa mi cuna
(*Acercándose.*)
si la tierna simpatía...

MARGARITA. ¡Aparta, infame, ó mi furia...

AMBROSIO. (¡Adios mi último refugio!)

MARGARITA. ¡Yo víctima de una burla
tan cruel!

PAULA. ¡Ay, yo engañada
por quien...

D. ALVARO. ¿Qué! ¿No me disculpa
tu corazon...

ESCENA XXII.

PAULA. MARGARITA. D. ALVARO. D. TADEO. AMBROSIO.
D. PLACIDO. ALGUACILES.

D. PLACIDO. Con permiso...

AMBROSIO. (*Aparte con don Alvaro.*)
¡Por san Juan y por san Lucas,
siga el embrollo...

D. ALVARO. Sí tal.
Me has complacido, y en justa
remuneracion...

D. PLACIDO. (*Acercándose á Ambrosio.*)

Perdone
vuecencia que le interrumpa.
Su magestad, que Dios guarde,
manda...

AMBROSIO. Sí; que me conduzcan
á la frontera... Estoy pronto.
(Si no lo meto á farfulla...)

D. PLACIDO. La escolta está prevenida.
Sígame ucencia; si gusta...

AMBROSIO. Sí; vamos... No me despido,
porque es tanta mi amargura...
¡Adios! ¡Estaba de Dios!...
(¡Reniego de mi fortuna!)

ESCENA XXIII.

PAULA. MARGARITA. D. ALVARO. D. TADEO.

MARGARITA. (*Levantándose furiosa.*)
¿Se va... Esperad... Es un yerro...

D. ALVARO. Déjele usted que se vaya.
Harta pena es el destierro...

MARGARITA. No; ¡presidio... ¡Muerte... No haya
compasion para ese perro.
No; que á la ley se sujete...

D. ALVARO. Pero usted se compromete
si hace público el oprobio.
¿Quiere usted ver con grillete
á quien ha sido su novio?

MARGARITA. ¡Oh rubor!... Dice usted bien.

D. ALVARO. Nada mi derecho valga
ni la posesion me den
hasta que del reino salga...

MARGARITA. ¡Maldígale Dios, amén!

D. TADEO. (Esta rabia; la otra llora...)

D. ALVARO. ¡Paula!...

PAULA. (*Suspirando y sin volver la cabeza.*)
(¡Condesa!)

MARGARITA. (¡Era un tuno!)

D. TADEO. (*A Margarita.*)
¡Te luciste, pecadora!
¿Por qué no dices ahora:

de conde abajo ninguno?

MARGARITA. Y lo digo, y lo repito;
y poco he dicho quizás;
que ahora, si bien lo medito,
estoy purgando el delito
de no haber pedido mas.
Que una boda se trabuque...
no importa. Vendrá otro buque
con gente mas linajuda...

D. TADEO. Pero...

MARGARITA. ¡Sí, sí! Ya no hay duda:
¡Dios me guarda para un duque!

ESCENA ÚLTIMA.

PAULA. D. ALVARO. D. TADEO.

D. TADEO. Es terca como la tos.

D. ALVARO. Ese llanto me aniquila...
¡Paula!...

PAULA. (*Levantándose.*)
¡Me has burlado!

D. TADEO. (*Sin reparar en Paula y don Alvaro.*)
(¡Ay Dios!
Aun me queda una pupila...
¡y es la peor de las dos!)

PAULA. ¿Yo condesa! ¡Qué traicion!

D. TADEO. ¡Calle! Esta es otra cancion.

D. ALVARO. Cuando se firmó el concierto
no era yo conde... Has cubierto
el honor del pabellon.

PAULA. ¡Pérfido!

D. ALVARO. Si tal espanto
te causa este compromiso,
se anula. Demanda al canto...

PAULA. ¡Ah, para eso era preciso
que yo no te amase tanto!

D. ALVARO. ¡Paula!, bien recordarás
que siendo pobre y tú rica,
cedí: ¿te pido yo mas...

PAULA. ¡Condesa!...

D. ALVARO. No lo serás
si tanto te mortifica.

PAULA. ¿Qué escucho!...

D. ALVARO. Si tal sentencia
tu labio hermoso pronuncia,
juro á Dios y á mi conciencia
que ahora mismo hago renuncia
del condado y de la herencia.

D. TADEO. ¡Qué simpleza!...

PAULA. ¡Alvaro mio!...

D. TADEO. Vamos, me ha dejado frio...

D. ALVARO. Solo en tu ternura fundo
toda mi gloria, y me rio
de los bienes de este mundo.—
Mas sucede al regocijo
de boda que Dios bendijo...
Yo cariñoso, tú amable...
Paula mia, es muy probable
que Dios nos conceda un hijo.

PAULA. (*Entre ruborosa y alborozada.*)
¡Ah!...

D. ALVARO. Por si un dia le tienes,
permíteme, Paula mia,
que yo administre sus bienes,
sus títulos, y algun dia
me darás mil parabienes.

PAULA. ¡Ah!... Fuerza es que ceda yo,
aunque á mi gusto no cuadre.
¡Dios, que la mar enfrenó,
no puso límites, no,
á la ambicion de una madre.
Yo para mí nada quiero;
mas si tengo un heredero
su gloria será mi ley,
y quisiera verle rey
de España, del orbe entero.
Y aunque, hablando en general
hago á los condes el bú,
de todos no pienso mal.
Alguno ha de haber tal cual...
¡y ese sin duda eres tú!

D. ALVARO. ¡Oh dicha! Mi angustia cesa...

D. TADEO. ¡Bien! Yo os bendigo á los dos;
y ahora vamos á la mesa...

PAULA. En fin, ¡estaba de Dios...
(*Dando la mano á don Alvaro.*)
Me resigno á ser condesa.

FIN DE LA COMEDIA

stado.
coronel.
nés.
mpestad.
ovisada.
picero.
nes.
feo de Francia.
.

na madre.
del diablo.
los puertas.

nes.
o.

rés.
lvo.
y ser buen hijo.
ao.

a.
lo.
y casada.

licis.
industria.
iador.
le-Isle.

huérfana.
mbre.

de los inocentes.
.
l rey de Prusia.
astro.
bien.

tor de Florencia.
familia.
de Carlos II.

mencо.
rivado.
Alby.

a.
y Felipe II.

s agravios.

r el cetro.
spues.
o.

uecita.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani ó el honor castellano.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Baviera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Cain Pirata.
Mata-muertos y el cruel.
La familia de Falkland.
A muerte ó á vida.
La judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D'Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal!!!
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho García.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
Estar en babia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 come
cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.	D. José Garcia de Villalta.
D. Antonio Gil y Zárate.	D. Juan Eugenio Hartzenbusch
D. Antonio Garcia Gutierrez.	D. Manuel Breton de los Herre
D. Eugenio de Tapia.	D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Eugenio de Ochoa.	D. Mariano José de Larra.
D. Francisco Martinez de la Rosa.	D. Mariano Roca de Togores.
D. Gaspar Fernando Coll.	D. Miguel Agustin Principe.
D. Isidoro Gil.	D. Patricio de la Escosura.
D. José Zorrilla.	D. Ramon Navarrete.
D. José Espronceda.	D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. José de Castro y Orozco.	D. Ventura de la Vega.

TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

TIRSO DE MOLINA. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs

TEATRO MODERNO ESTRANGERO.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerías de Cuesta, calle Mayor, y de Rios
lle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria........	Gonzalez.	*Murcia*..........	Gisbert.
Alcoy...........	Martí Roig.	*Oviedo*...........	Longoria.
Alicante.........	Champourcin.	*Orense*............	Novoa.
Burgos...........	Arnaiz.	*Pamplona*.......	Erasun.
Badajoz.........	Viuda de Carrillo.	*Palencia*.........	Santos.
Barcelona......	Piferrer.	*Palma*...........	Gelabert.
Bilbao...........	Garcia.	*Santander*......	Riesgo.
Cadiz............	Moraleda.	*Salamanca*.....	Oliva.
Córdoba.........	Berard.	*Sevilla*...........	Caro Cartaya.
Coruña...........	Perez.	*Santiago*........	Rey Romero.
Granada........	Sanz.	*San Sebastian*..	Baroja.
Habana..........	Urban Ramos.	*Toledo*............	Hernandez.
Huesca..........	Navarro.	*Vitoria*...........	Ormilugue.
Jaen..............	Orozco.	*Valencia*.........	Navarro.
Jerez.............	Bueno.	*Valladolid*......	Hijos de Rod
Lugo.............	Pujol.	*Zaragoza*.......	Yagüe.
Málaga..........	Aguilar.		